

LA  
ESTERÀ

# La Espera

7 Julio 1917

Año IV.—Núm. 184

ILUSTRACION MUNDIAL



DE LA VIDA QUE PASA

## EL RELÁMAGO EN LAS MIESES



**A**LLÁ, en la campiña, bajo el sol veraniego, las altas mieses rubias se mueven, á impulsos del otoño, y, de cuando en cuando, con ritmo periódico, brillan en lo alto relámpagos que parecen el aleteo de aves fantásticas. Es que los brazos de los segadores levantan sus hoces relucientes y da en ellas la luz cegadora y chispea el metal que está cercenando las gávillas.

Mirad. Allí está la hueste incansable, venida de lejos, formada por hombres de todas las regiones hispanas, la que se junta en la ocasión de la siega, la que acude con la regularidad de los pájaros emigrantes en busca de pan y trabajo. Predominan en ella los gallegos, y ahí tenéis en mano de uno los tipos escogidos por el artista, como símbolo de la invasión pacífica, el paraguas tradicional del campesino del Noroeste, el recio y amplio paraguas que, por su tamaño y fortaleza, parece una tienda de campaña ambulante. Ellos van casi siempre descalzos para no estropear los zapatos que cuelgan sobre la espalda con los útiles del oficio. Rostros ennegrecidos por los vientos y por la soflama solar, manos duras, complejiones robustas, la humanidad hecha músculo y sacrificio. Y delante marcha el portador del botijo, en el que, de cuando en cuando, se hace la santa libación á Ceres, y de cuya esfera destilan gotas en el rezumado que refresca el líquido. Y sobre el hombre de cada segador destaca la hoz, con su curva dentellada, con su mango de haya, en el que hay una muesca que permite la sujeción entre los dedos que la oprimen.

En este viaje anual de los que allá, lejos, esperan que las espigas de acá granen para venir á cortarlas, hay algo de rito religioso, algo de evocación de la Naturaleza, algo de fatal ley atávica. El hombre de la aldea orensana que ahora avanza por tierras de Castilla hacia el lugar donde ha de meter la hoz, agavillando la mies, es hijo de otro orensano que hizo lo mismo en la generación pasada, y aquél era hijo de quien lo ejecutó cincuenta años antes. En este siglo, y en el pasado, y en el anterior, y en muchos del viejo tiempo, los de las montañas galaicas bajaron á la llanura con su herramienta cortante, y volvieron llevando, en una bolsita escondida, el dinero ganado. Diríase que una condición ineludible de vida lo tiene impuesto.

Quien cómodamente sentado en su automóvil, ó en un carrojaje lujoso del tren expreso, descubre, entre los surcos floridos, la fila de trabajadores medio desnudos que avanzan lentamente, dejando tras sí descubierta la tierra y amontonados los haces, experimentan la emoción del idilio. Sí; la tradición clásica surge de aquella escena. Dios premia el esfuerzo humano asegurándole el pan. La espiga de trigo, con sus granos apretados y sus agujas enhiestas y tembladoras, parece la obra de un sublime orfebre, prenda del amor divino, garantía de bienandanza. En la tonalidad áurea y luminosa del cuadro no se comprende el esfuerzo ni el dolor. La canción va á sonar, el júbilo va á expandirse en los aires... Y los ricos, los dichosos, pasan contentos. No, no es allí donde podrá nacer el remordimiento de los dominadores...

Pero ved el gesto trágico del anciano que, inclinado sobre el surco, corta los tallos; la fatiga angustiosa del mocico que tira frenético de la hoz; pensad en el misero salario que la improba labor proporciona á los que la realizan, y os acordaréis de la frase de Santa Teresa, que yendo de Alba á Salamanca, en un estío riguroso, preseñó caso semejante. Ella se detuvo, elevó sus manos, sus ojos y su espíritu al cielo, y exclamó: «Esa gente está ganándose ahora el pan del día y el pan eterno.»

En las hondonadas calientes, en las que el aire no circula y el sol abrasa, el segador resiste temperaturas inverosímiles. Es el hombre-salamandra. Al llegar la noche, esas noches sin frescura en que la luna parece acercarse á la tierra para templar su frigidez con el resollo del planeta, la mesnada laboriosa retorna á la aldea, ó busca la vecindad de un río ó de una fuente donde atermecerse. Y el sueño concede su amorosa bendición á los fatigados. ¡Oh, sueño, sueño bendito! Tú sólo indemnizas al triste y animas al rendido, y fortaleces al extenuado, y tu calidad reparadora nace de que eres la imagen de la muerte.

Dios ha puesto en esos hombres que siegan en una atmósfera de fuego, no sólo la fuerza física, sino la resignación, que es la mayor de todas las fuerzas. Esa santa mansedumbre que espera el día de la justicia y no se inquieta porque no le sea dado en los de su corto vivir, es

el cimiento fundamental de la sociedad. En mi infancia leí una novela de la angélica Fernán-Caballero, no recuerdo si la titulada *Un verano en Bornos*, y allí encontré la hermosa filosofía de la abnegación en los diálogos de los pobres labriegos que, agotando su resistencia en la empresa de fecundar á la tierra, acaso sentían hambre, pero nunca ira: corazones humildes y bienaventurados. No, no lograrán fácilmente los agitadores levantar del surco á los que le cultivan para que se produzca la revolución de las hozes, que habría de ser la más espantable de las revoluciones. La Naturaleza ennoblecen cuanto está en contacto con ella. Las cordilleras con su sombra olorosa, las campiñas con sus mares de mieses, dan al ser humano el prestigio supremo. Le hacen bueno, puro y sufrido. Y si alguna vez la cólera agita esas legiones campesinas, pronto se recobra la paz allí donde no hay obstáculo alguno que separe lo Humano de lo Eterno.

Allí va la hueste, á la deshilada. Delante los chicos, detrás los maduros. Es que han concluido aquí su faena y marchan más allá. El asnillo soporta la impedimenta del pacífico ejército. Al llegar la hora de la comida, se detienen los expedicionarios, y el más ducho aderezá el yantar en ancha caldereta, sobre lumbre improvisada. El rancho no será suculento, pero le conlinea el buen apetito. Y, mientras se come, el regocijo impera en todos. Tras somero trago, se continúa la marcha. En las etapas de estos viajeros se descansa del trabajo caminando.

Siempre hay entre ellos un veterano que conoce las sendas y guía á los otros. El es el caudillo. No sólo sabe los andares de aquel país, sino sus costumbres, los hábitos de cada pueblo, los nombres de los labradores á quienes se va á servir, cuál es el generoso, cuál el avaro. Mientras la tropa sigue su ruta, aquel experimentado y diestro consejero refiere sus antiguos pasos, los sucesos prósperos ó penosos del pasado, y de esta suerte se conserva en ellos la noción verdadera de su vida.

Con ellos va la esperanza. La cosecha va á ser recogida, el hambre remediada. La hoz es la llave con que se abre la despensa nacional.

J. ORTEGA MUNILLA

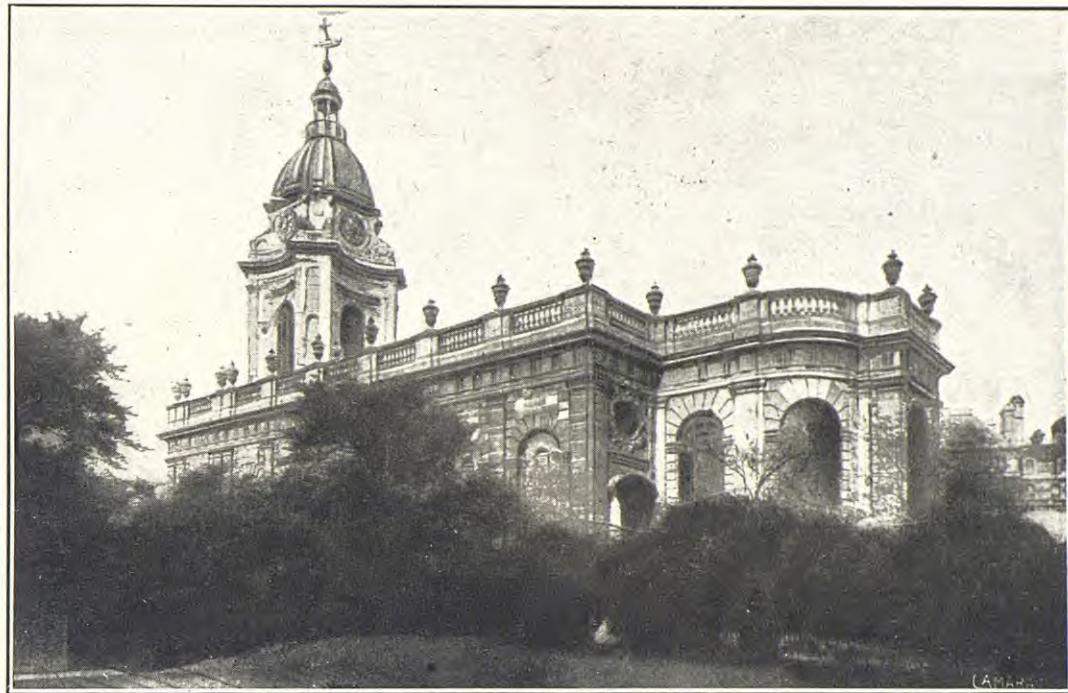
DIBUJO DE MARÍN

CIUDADES DE LA GUERRA  
**BIRMINGHAM**

CON violencia de tonos se destacan sobre el fondo flamígero de la guerra las personalidades individuales ó colectivas. La lucha, por su magnitud, por el fabuloso consumo de pasión y de esfuerzo que absorbe, intensifica los rasgos del individuo y de la muchedumbre; y lo mismo que aquellos sobre quienes pesa el honor de ser protagonistas de la tragedia y de asumir ante su patria y ante la conciencia del mundo tan cruentas responsabilidades, deben agotar en semanas, en días, en horas, energías que en tiempo de paz tardarían décadas en consumirse; así las ciudades, mezcladas ya por la idiosincrasia de su aspiración, ya por la calidad de su producción, ya por contingencias fortuitas, á la guerra, sienten exaltarse su personalidad y queman también el tiempo, con rapidez, en la llama sulfúrea de Marte.

Las ciudades tienen su alma: alma compleja, á la que cada ciudadano aporta, según la categoría de su espíritu, ya un anhelo determinado, ya un germen inconsciente é ineficaz en sí, pero que, sumado á otros muchos, forma una fuerza y dibuja una fisonomía. Esas ciudades, elevadas al título de protagonistas, son para cada país espejos donde el pueblo entero se mira, crisoles donde el entusiasmo se libra de la escoria. Una, fragua armas; otra, alberga á los conductores de la lucha; otra, constituye el baluarte secular de la idea de predominio; otra, maternal y pasiva para la conquista, recibe á un Gobierno desterrado y cura heridos; otra, susurra palabras de paz, á pesar del belicoso estruendo; otra, pesa las monedas de las transacciones y tiene uno de los platillos de la balanza llenos de cadáveres de hombres y de cadáveres de obras... Y así, cada una ostenta un multiforme corazón, y la vida, al correr por sus arterias, adquiere un ritmo inconfundible.

¿Cómo vive Birmingham, la ciudad del acero, el centro metalúrgico de la Gran Bretaña, la vasta concatenación de manufacturas que rodea un centro de perfección urbana surgido en poco más de cincuenta años? A principios del pasado siglo era preciso escribir en la dirección: *Birmingham, cerca de Worick*, para determinar bien el sitio del burgo, que hoy cuenta más de millón y medio de habitantes. Situado en pleno *Midland*, á igual distancia de los puertos de Liverpool y Londres, y no lejos de su rival Manchester, Birmingham ha ido progresando día por día y ab-



La Catedral

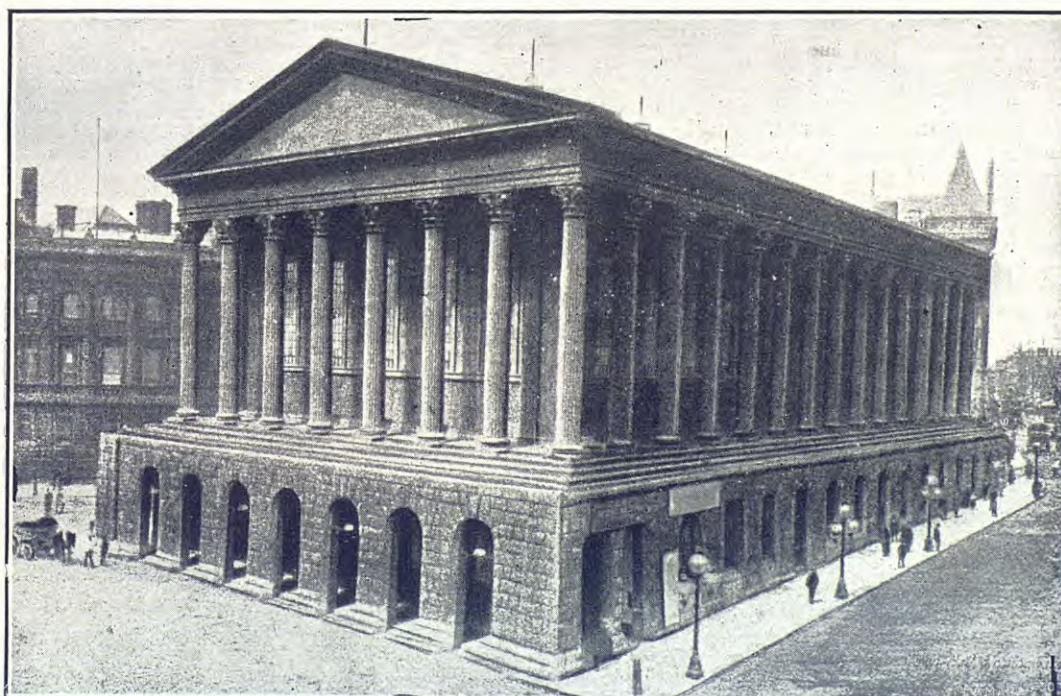
sorbiendo núcleos suburbanos, pueblos próximos, en su constante necesidad de expansión. Su Ayuntamiento, que desde la época de Chamberlain—hombre representativo de la ciudad—compite en buena administración con el de Edimburgo, la ha dotado de los mejores adelantos materiales y morales: alcantarillado modelo, insuperable red de comunicaciones, parques bellísimos, como el de Cannon Hill y el de Handworth; vías comerciales como New Street y Corporation, edificios como el Tawn Hall, la Universidad y la casa del Consejo; cursos para obreros, bibliotecas cómodas y gratuitas en cada distrito.

En torno al corazón monumental y comercial se extienden esas barriadas de casitas de ladrillo, rodeadas por jardines que, á veces, tras de la apariencia modesta, guardan interiores señoriales; y, más lejos, cerrando todos los horizontes, las chimeneas de cientos de fábricas se yerguen y tienden sobre el campo vasto palio de humo. Los metales toman, bajo esa humareda, todas las formas de utilidad, desde la máquina enorme

y complicada hasta el simple utensilio; desde el automóvil y la motocicleta hasta la pluma y el arado; desde la joya hasta los herrajes para caballerías; cuanto para el hombre y contra el hombre puede hacerse de metal, se hace allí. Presidiendo esta multitud de empresas particulares, descuelga la famosa «Birmingham Small Arms», y á diario, cuando éstas mil fábricas trabajan, y en el centro la vida comercial adquiere el máximo de hervor, parece como si toda la ciudad fuera metálica y vibrase al golpe de un martillo gigante... En Birmingham, más que en Londres mismo, se siente la vida activa de Inglaterra; el cosmopolitismo de las capitales apenas si empezaba á arañar allí la tradición británica, conservada con la ayuda del mar y la voluntad del orgullo. La vida nace con el sol y concluye á las once; las industrias guardan la perfección como único medio de competencia, y desdenan las artimañas mercantiles. Hasta la multitud que se desborda los sábados, después de medio día, por los cinematógrafos y los bars, guarda ese aire mesurado que, á veces, echan de menos los conocedores del pueblo inglés en pleno *West End* y en *Picadilly*.

Hoy, Birmingham trepidará de actividad, y todas sus industrias se habrán unificado para alimentar la gran guerra. De la importancia de su esfuerzo habla, mejor que superlativo alguno, la insistencia con que los zeppelines han dirigido hacia ella su vuelo preñado de amenazas. Míster David Lloyd George, que en ocasión de su esforzada cruzada oratoria en pro de los boers, hubo de escapar, disfrazado de policía, á la multitud birminganiana, que era entonces imperialista, como Chamberlain, su señor, habrá podido realizar en la ciudad incansable, rendida hoy á su talento y á su patriotismo, como toda Inglaterra, gran parte de su insigne labor. Las inmensas fundiciones de Wolverhampton y los talleres de la *B. S. A.*, que ya en 1912, cuando los temores de guerra originados por el discurso de sir Edward Grey, en respuesta á una petición del Gobierno germano, duplicaron su rendimiento, lo habrán centuplicado ahora, y equipos entusiastas, cantando esas vagas canciones de *music-hall*, donde, á despecho de solemnes exigencias se encierra tan bien el espíritu deportivo e ingenuo del inglés de la clase baja, alternarán en el trabajo para alcanzar el triunfo.

A. HERNANDEZ CATA



El Ayuntamiento



CÁMARA Pto.

"Jardín azul (Gerona)", cuadro de Santiago Rusiñol, que figura en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes

## LA MELANCOLÍA DE RUSIÑOL

Fué en la suave fragancia de la tarde clara de Junio. Detrás de los dos amigos se cerraron las puertas de la Exposición. El silencio esperaba entonces en las salas, cálidas todavía por el calor de la multitud, á su amada la sombra. Los cuadros, reposarían libres de las miradas indiferentes, de las miradas extáticas, que tanto desean, y de las miradas de profesional, que tanto temen.

Era en la hora quieta y cariñosa del crepúsculo en que la noche se anuncia como un bienestar y que hay una sonora exaltación de ecos en los seres, en las cosas y en el paisaje. Así como la luz se dulcifica y apacigua, el aire parece temblar, sintiendo en él vuelos invisibles y sobrenaturales. Instintivamente se busca el recuerdo dulce, la grata evocación para sobre ellos, como la cabeza de un niño sobre el maternal regazo, inclinar nuestro pensamiento y hacerle bueno y purificarle.

A esta hora, otras veces y otros días, no la ven los dos amigos porque están encerrados en un café, ó en un teatro, ó siguen entre la agitación hirviante y heteróclita de la multitud las calles de la ciudad moderna, tan hostil á la emoción con sus edificios nuevos. Hora amable, que es precisamente en Junio cuando más serena permanencia tiene, y que debíamos recibirla siempre en un jardín, encantados por un amor ó confortados por una amistad. Y hablar de aquello que nuestra existencia habitual desdena ó olvida; darle al espíritu esos minúsculos cauces de los regatos para que camine como el agua transparente en las calmas vespertinas con un ritmo seño de canción popular.

Porque es entonces cuando se quisiera ungir de misterio y de magia las palabras vulgares para expresar esta agudización de la sensibilidad. Y entonces, cuando brota el impulso de la confidencia.

Como en esta tarde, cuando los dos amigos salían de los Jardines pintados á los Jardines naturales donde había ecos de sol en las frondas obscuras

ras y los caminos claros, y se oía risas y voces alegres de mujer en un mutuo cambio de alegres floraciones con la Naturaleza.

— ¿Qué le ha parecido Rusiñol?

— Bien. Siempre bien, siempre igual, siempre permanente en sus simetrías externas y en sus melancolías internas, que no sabemos aún si debemos considerar al revés, es decir, demasiada simetría interior y demasiada externa, en el lienzo, y en los colores únicamente su melancolía.

— Eres injusto, amigo mío. ¿Por qué esta fatiga de la gratitud por el encantamiento que gustosamente aceptamos ayer? ¡A Rusiñol le debemos tanta emoción, tanta íntima complacencia!

— No lo niego. Fué el revelador de nuestro paisaje. Nos enseñó á despreciar las frialdades fotográficas, los vulgares momentos de Naturaleza, las inexpressivas elecciones de los que pintaban carreteras con burros, rincones propicios para los pescadores de caña y lugares para deleite de jamones sensibles que lloraban leyendo á Campoamor. Llevó, además, al otro lado de nuestra tierra, la gloria floreal nacida de esta tierra...

— Entonces?

— Pero estas arquitecturas vegetales, estos silencios morados, estas tapias azules, estos cipreses melancólicos y estos musgosos tazones de piedra de las fuentes románticas, los hemos visto demasiadas veces. Hablabas anies de la gratitud por la emoción pretérita. Bien. La siento, la conservo en lo más profundo del corazón. Allí queda. Pero los ojos solicitan visiones nuevas, el propio espíritu busca sediento las inéditas bellezas. ¡Es tan corta la vida para acortarla más aún en límites exiguos!

— Yo, en cambio, amigo mío, deseara consagrarme á un solo amor de mujer, á una sola amistad de hombre, á un solo empeño de trabajo para que sea fecundo, á una sola exaltación espiritual para sentirla hasta lo más profundo de su esencia... Pero

aunque así no fuera, aunque yo participase de esta necesidad renovadora que te consume y te obliga á desdenar hoy lo que ayer te deleitó, yo no me atrevería nunca á exigirle á un artista la rectificación de su credo estético.

— De su credo estético, no; pero eso no impediría la elección de nuevos asuntos, el hallazgo de lugares desconocidos, la interpretación de momentos diferentes. Han pasado quince, veinte, veinticinco, treinta años. Y, sin embargo, he aquí el mismo jardín de entonces...

— Tan admirable como entonces, tan elevado de finalidad sentimental, tan bello de color, tan sugeridor de melancolía como entonces. Llegarías en tu intransigencia á borrar las personalidades artísticas. ¿Acaso hoy no ves, aislado, un Corot y en seguida lo conoces por cómo esté envuelto en la atmósfera especial de los Corot? ¿Podrías confundir un Turner con un Claudio de Lorena? Si no fuera por esta permanencia del ideal estético y de la factura técnica incluso de los asuntos y lugares, ¿sabrías distinguir un Monet de un Rousseau? Además, piensa en cómo Santiago Rusiñol ha ido siguiendo en tantas Exposiciones y con tantas tendencias distintas, y cómo sus cuadros han sabido conservar este aire melancólico y afectuoso de los seres superiores, esta melancolía que al cabo de los años se ha ido infiltrando en él como un dulce veneno, y que la comprenderías viéndole al maestro lejos de sus amigos jaranderos, de la simpática camaradería y los noctámbulos holgarios, sentado en su sillita de campo, frente á frente de la Naturaleza, mordiscando el puro que llena de lunarcitos morenos las barbas blancas, y trazando con el pincel que sostiene la mano de dedos engarabutados, estos cipreses románticos, estos tazones musgosos donde el agua canta, estos patios azules que prolongan el cielo hasta la tierra.

José FRANCÉS

## EN LAS CARRERAS DE CABALLOS



S. M. la Reina Doña Victoria acariciando á uno de los caballos de la Casa Real, durante un descanso en las últimas carreras celebradas en el Hipódromo de Madrid

FOT. SALAZAR

DE algún tiempo á esta parte, el deporte hípico ha adquirido en España una importancia que no tenía. En Madrid, en la primavera y en el otoño, y luego en San Sebastián, durante los meses del verano, las carreras de caballos han constituido el acontecimiento de más atracción, tanto porque han dado lugar á que se reunieran las más distinguidas personalidades aristocráticas, como porque en los concursos han tomado parte valiosos ejemplares proce-

dentes de las mejores cuadras españolas. Este verano también se celebrará un importante Concurso en Santander, que aumentará el prestigio que ya han ganado las fiestas hípicas en España.

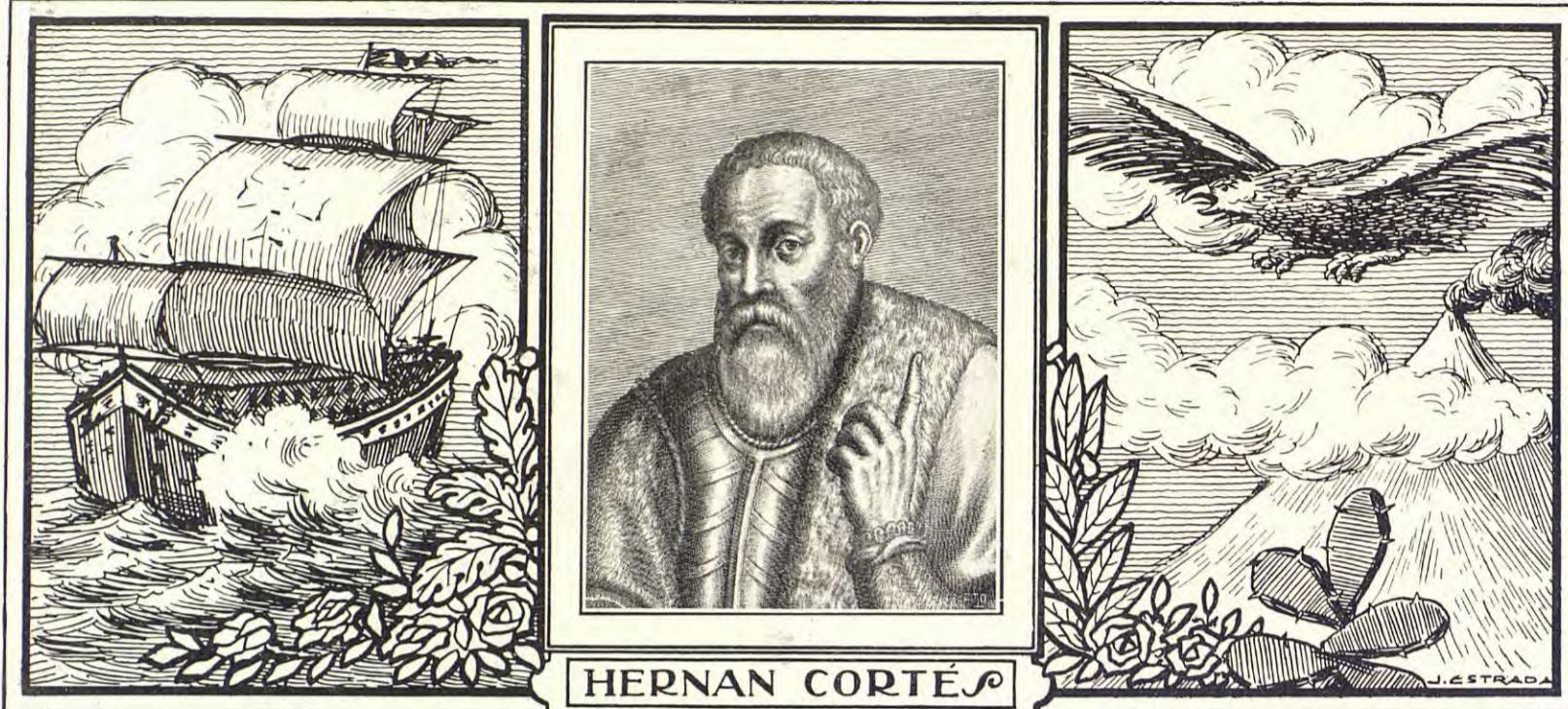
A la preponderancia de este deporte han contribuido S. M. el Rey, en primer término, y luego las demás personas de la Real Familia, inscribiendo el primero sus caballos y realizando todos con su presencia la celebración de las fiestas verificadas, principalmente en Madrid. Es la

misma conducta que anteriormente siguió Don Alfonso con otra clase de deportes, principalmente con los del mar, fomentándolos con singular constancia, con la inscripción de balandros en los diferentes clubs y tripulándolos personalmente en todos los puertos del Norte.

El último Concurso celebrado en el Hipódromo de Madrid ha resultado brillantísimo. A él se refiere la interesante fotografía que publicamos.

## MOMENTOS HISTÓRICOS

## LA NOCHE TRISTE



HERNAN CORTES

Pocos ejemplos de tan intenso amor patrio como el de Hernán Cortés, suelen presentar los anales de la Historia, que siendo él como era, acaudalado hidalgo y apaciguado rebelde, y viviendo sosegado en Santiago de Cuba, atento sólo á la adoración de su esposa, la bellísima doña Catalina de Juárez, lo dejó todo y empleó su fortuna cuando la nación le necesitaba.

Habíale llevado el gobernador Velázquez á la conquista de Cuba, en la que se portó tan bueno y bravo como la Fama ha dejado memoria.

Por su genio, fogoso y audaz, fué elegido de los descontentos de aquel necio y codicioso ministro del César, para ser alma de una conspiración contra él, lo que le puso á muy pocos pasos de la muerte, pues fué preso diversas veces, teniendo que escapar la posterre del buque en que le conducía, ganando á nado la orilla...

Por su propia cuenta armó secretamente una flota y se hizo con ella á la mar la noche del 18 de Noviembre de 1518. Cuando el gobernador Velázquez tuvo aviso de ello, acudió presuroso al puerto, y no pudo hacer otra cosa que constituirse de despecho viendo alejarse burlonamente al intrépido general.

—¿Qué es esto?—gritábale el burlado desde el muelle—. Así os vais, sin despedirnos?

A lo que el otro respondía:

—Perdonad, el tiempo apremiaba, y hay cosas que son más para hechas que para pensadas. ¿Tenéis algo que mandarme...?

Y con tal flema y desembarazo, bogaba nada menos que hacia la conquista de México. Toda la fuerza que llevaba para empresa de tal importancia, era once naves, entre grandes y pequeñas, con la dotación de 110 marineros, 10 cañones de montaña y cuatro falconetes, 553 soldados, 200 indios isleños y 16 hombres de á caballo, que diputaba como su mayor fuerza, por el espantoso terror que los jinetes producían á los indios salvajes...

Notables fueron sus proezas, que á las veces tocaron en los límites de lo sobrenatural. Viósele en la isla de Cozumel tan político guerrero como fervoroso apóstol del cristianismo. Viósele marchar, con segura planta, por entre mil dificultades y peligros, hacia lo recóndito del país; apoderarse de la gran ciudad de Tabasco, y triunfar después, con su desmedrada hueste, sobre un ejército de cuarenta mil indios.

Las más destas victorias hubieron inspiración femenil en aquella maravillosa esclava que aceptó en Tabasco como presente.

Llamábbase Marina, y era hija de un cacique mexicano.

No es éste lugar ni hay espacio para hacer nueva relación de los triunfos de Hernán Cortés, sino de pasar como en volandas sobre sus magníficas proezas, que han sido y serán admiración de todos los tiempos.

La riqueza y pujanza de Moctezuma fueron domeñados por el general insignie, que, sobre el propio medro, tenía el noble deseo de dar provincias nuevas al poderío hispano, siquier fuese á costa y sacrificio de su propio caudal y comodidades. Nada miraba para sí, y todo lo hacía para mayor gloria del Emperador y ensanchamiento de su corona.

Recio espíritu y voluntad indomable y brava representa el inutilizar las naves para conjurar una conspiración, que desta manera, si tornaba á renacer, no habría recelo de que quisieran partirse á España sin cumplir con su deber.

De allí adelante fué mirado por sus propios subordinados como hombre que tenía algo de sobrenatural, y con esta fe ciega florecida en todos los corazones, paseó victoriosa, por la tierra india, la enseña de Castilla.

Entró en México á ocho días de Noviembre de 1519, acompañado por el emperador Moctezuma, y ciertamente que él y los suyos quedaron maravillados de la hermosura de la ciudad, que era populosa y con anchurosas calles de razonables casas, magníficos jardines, grandes plazas y riquísimos templos.

A pesar de los agasajos de que eran objeto él y los suyos, no dejaba de recelar, pues tenía indicios de que la nobleza no era el principal rasgo de aquella gente. ¿Qué sería de aquel puñado de españoles si los mejicanos, vengativos, cortaban los puentes de las calzadas y rompían los diques?

Propúsose Cortés abolir los bárbaros ritos de los indígenas, pues no era posible el consentir los humanos sacrificios á los falsos dioses, y en este propósito fué donde estuvo su mayor peligro, porque antes consentiría un pueblo que le arrebaten leyes y fueros que su religión.

El mismo Moctezuma llamó un día al caudillo, y con notable firmeza, de que nunca hasta entonces habíale dado muescas, le dijo cómo sus dioses estaban ofendidos por tamañas profanaciones, así que, si él y los suyos no querían sentir su iracundia, puesto que la misión del monarca hispano estaba cumplida, se apresurasen á salir del Imperio.

Hernán Cortés manifestó que le eran necesarias naves, y hasta tanto que no se construyesen, no podía en manera alguna cumplir este mandato; rogó, pues, al emperador, que le facilitase gentes para ayudarle á este menester, cosa á que aquél accedió gustoso con tal de verle salir pronto de México. Mas cuando estaba (aunque muy despacio) en este cuidado, recibió aviso de que Pánfilo de Narváez había desembarcado en la costa mejicana con 4.000 hombres para prenderle, por orden de Velázquez. Hernán Cortés opta, como siempre, por el sistema más audaz para dar de mano el conflicto; deja la guarda de México con solos ochenta españoles,

al mando del teniente Pedro Alvarado, y sale con doscientos cincuenta al encuentro del enviado; en su busca, sorpréndele una noche tempestuosa, y le hace prisionero, uniéndose al vencedor las tropas del vencido.

A treinta días del mes de Junio de 1520 cae por tierra todo el poderío y buena suerte que hasta entonces le acompañaron al caudillo; fué que, á su vuelta del triunfo sobre Narváez, halló toda la ciudad sublevada, y la escasa guarnición en apretadísimo riesgo. Mas la vista del espectáculo que pondría espanto en el ánimo más esforzado, no hizo mella en el valeroso capitán, que con todo arrojo y valentía lanzóse á la lucha.

Moctezuma veíase comprometido entre los suyos y los españoles, y por buscar noblemente el sosiego de todos, halló la muerte de manos de sus mismos súbditos, que le creyeron traidor.

Corrió la sangre á torrentes, no respetando los naturales vida de soldado español ni de indio afecto á las banderas castellanas. El mismo Hernán Cortés se ve en muy duros trances, y al fin, ante la magnitud de la catástrofe, tiene que reconocer su derrota. Avanzan trágicas las tinieblas de la noche, y esto le da alguna leve esperanza, porque piensa que acaso á favor de ellas, y de la lluvia torrencial, que no cesa, pueda organizar la retirada. Pero una cruel duda asaltóle de nuevo. ¿Por dónde huir si los indios dan en cortar las calzadas del lago?

Y de allí á poco, su presentimiento fué realidad.

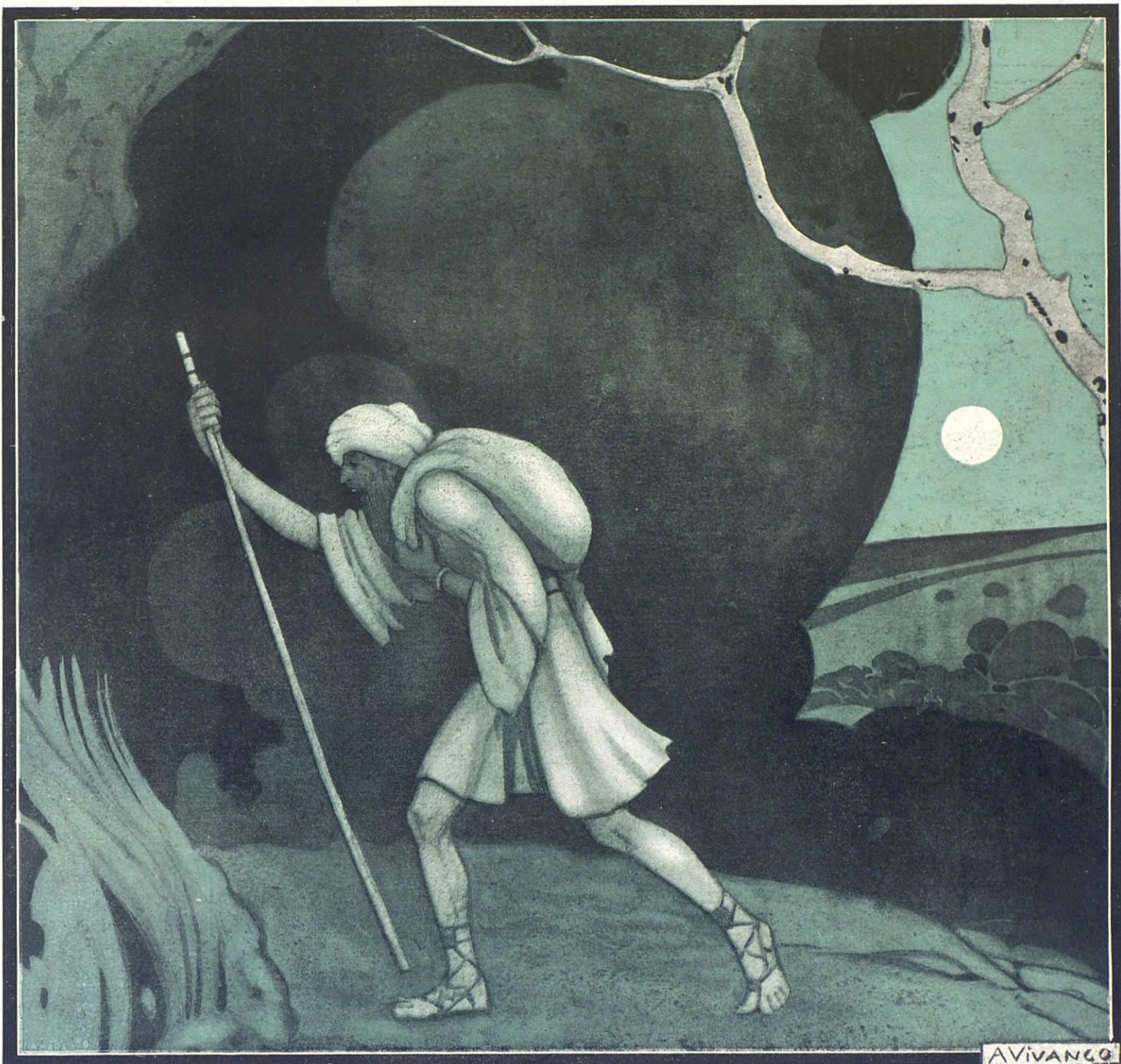
No sólo habían hecho siete zanjas en la calzada de Tacuba, que Cortés eligiera para retirada, sino que el lago hallábase cuajado de canoas, desde las que llovían de manera infernal dardos y flechas envenenadas. Gracias á mil prodigios de valor (que hacía la misma cobardía de la muerte) iban los infelices fugitivos ganando trozos de calzada, saltando de cortadura en cortadura. No pocos perecían entre las olas; otros caían acribillados, y los menos, lograban salvarse, no sin haber estado antes muy con el pie en la otra vida. Todos hicieron maravillas. Hernán mostróse más valeroso que nunca, y al fin lograron ponerse á salvo.

La tristeza del caudillo no tuvo límites cuando, ya entre los suyos, pudo considerar la magnitud de la derrota. Al pie de aquel árbol famoso que aún hoy señala la tradición, esperó Hernán Cortés, sombrío y lleno de desesperación, la luz del nuevo día.

Con el nombre de noche de la desolación, y de la noche triste, ha quedado grabada en las páginas de la Historia aquella de 1.º de Julio de 1520.

DIEGO SAN JOSÉ

# PÁGINAS POÉTICAS



AVIVANCO

## A HASVERO

Toma el bordón, peregrino;  
como ayer á la alborada,  
hoy con la noche mediada  
has de emprender el camino

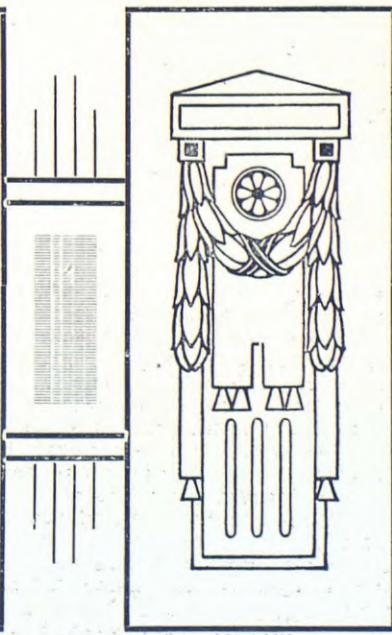
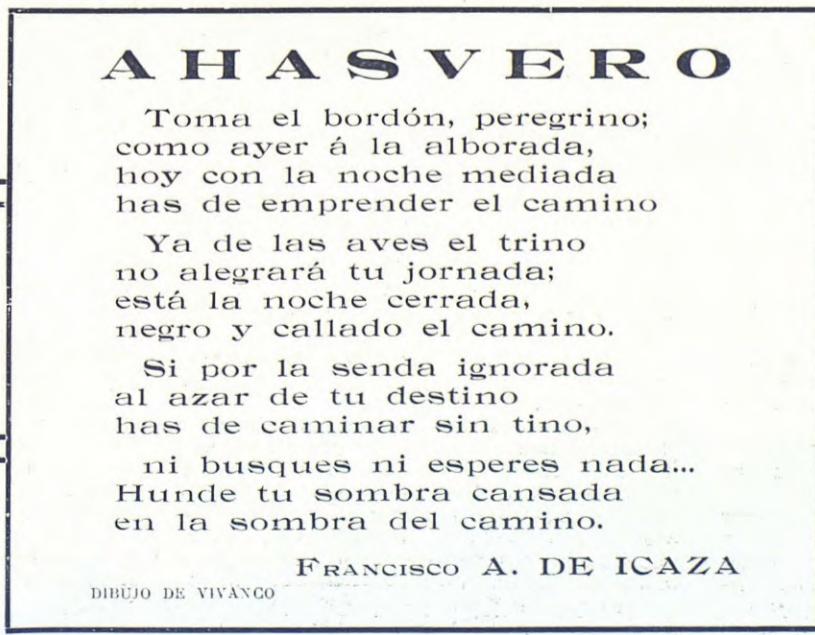
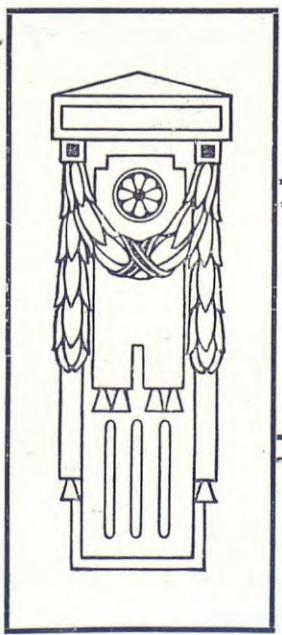
Ya de las aves el trino  
no alegrará tu jornada;  
está la noche cerrada,  
negro y callado el camino.

Si por la senda ignorada  
al azar de tu destino  
has de caminar sin tino,

ni busques ni esperes nada...  
Hunde tu sombra cansada  
en la sombra del camino.

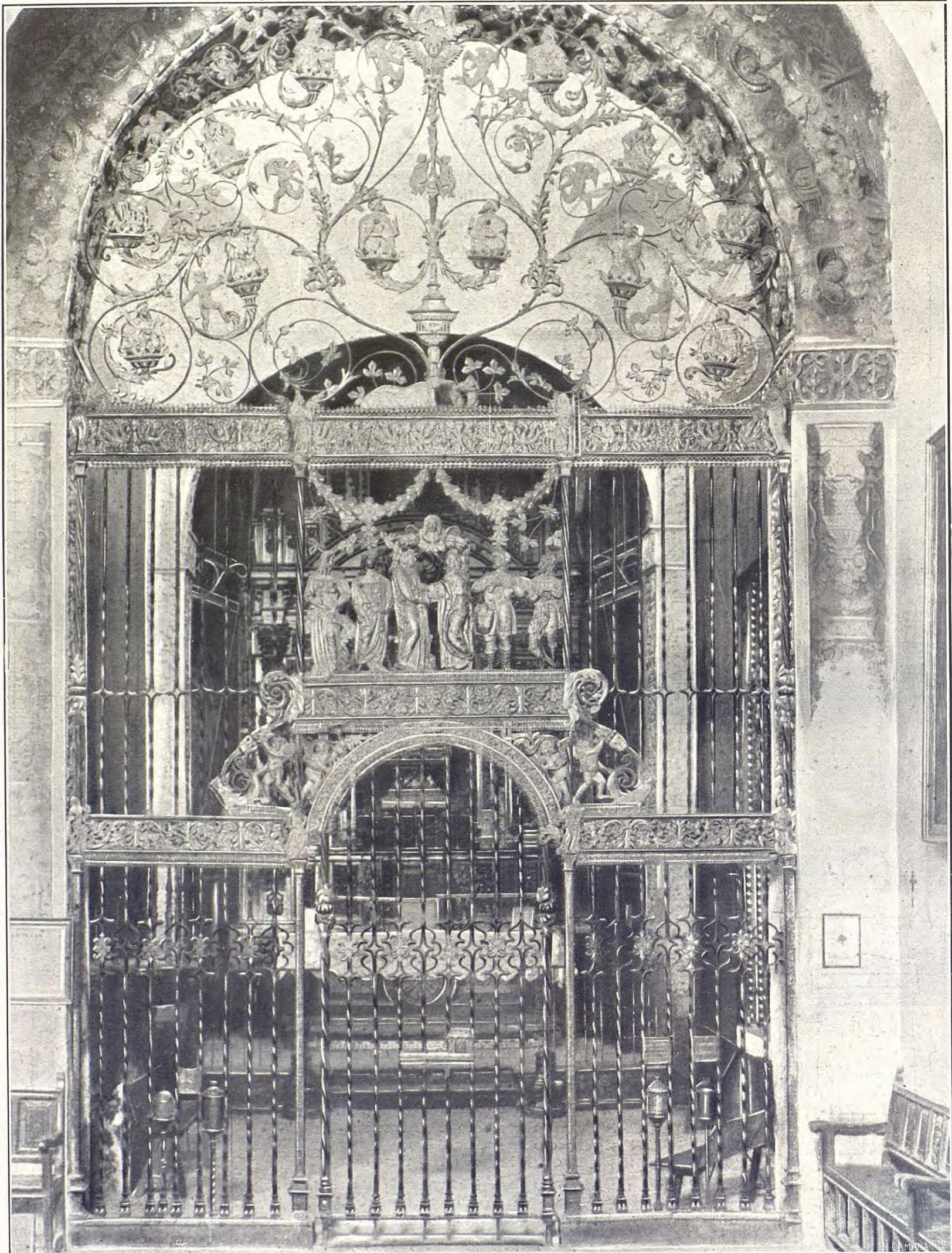
FRANCISCO A. DE ICAZA

DIBUJO DE VIVANCO



LA ESFERA

# LAS JOYAS DEL ARTE RELIGIOSO



MAGNIFICA VERJA DE HIERRO REPJUJADO, DE EXTRAORDINARIO MÉRITO Y GRAN VALOR ARTÍSTICO,  
EXISTENTE EN LA IGLESIA DE SAN ANDRÉS, DE JAÉN

FOT. ZÁRRAGA

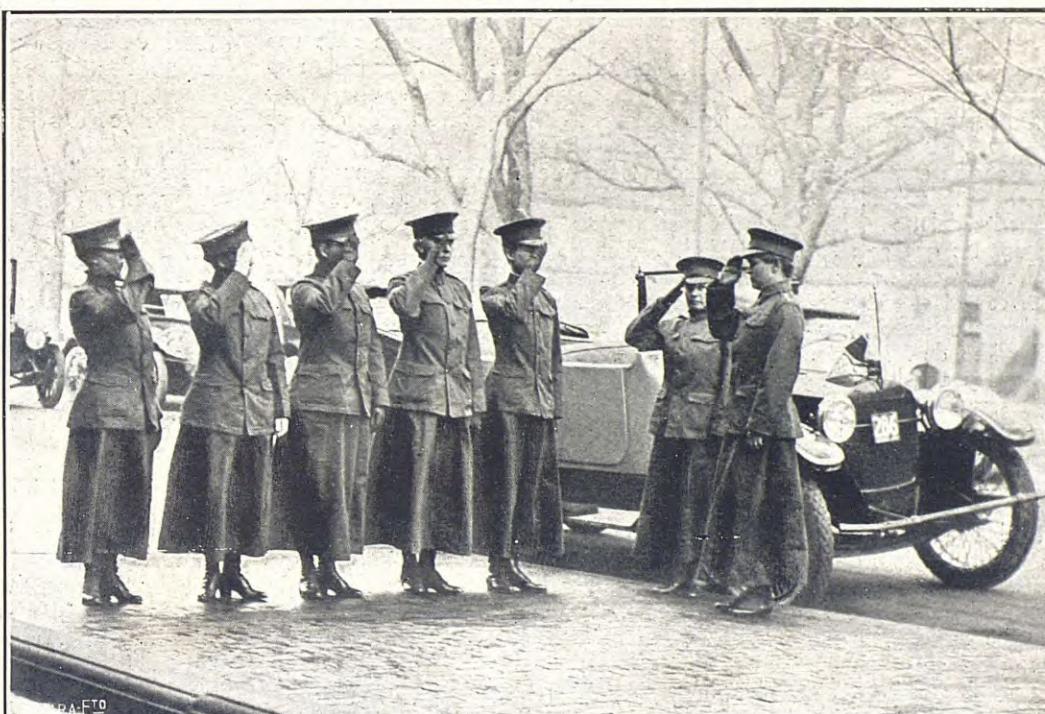
## EL FEMINISMO MARCIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS



Señoritas adscritas á la "Liga femenina norteamericana para la defensa nacional", haciendo ejercicios de guerrillas bajo la dirección de oficiales del Ejército, en Nueva York

A este florecimiento de la actividad femenina, cuyo progreso y rápida asimilación nadie podrá poner en duda—que tal admirable cualidad la poseen en alto grado las mujeres—en la hora presente, han contribuido, sin duda, las trágicas consecuencias de la guerra, llevando á la mujer á oficios y lugares que parecían inaccesibles para ella.

Todas las naciones beligerantes han dado ejemplos imprevistos, aprovechando oportunamente el patriotismo de la mujer para alejarla un poco del hogar, y aun á veces sin alejarla, dedicando sus actividades en la calle, en las fábricas y en los talleres, allí donde fuera preciso y conveniente su esfuerzo para el desarrollo de las industrias y para el bien de la Patria. Inglaterra



Sección de automovilistas militares femeninos, revistada por la "capitana" Mrs. Frances Gray, en el parque de Boston

fué luego quien, dando una prueba de su admirable preparación, destinó á las mujeres á los oficios más extraños á su condición y á su sexo, valiéndose de su inteligencia y de sus brazos, no sólo en las labores del campo y del taller, pero también en la complicada y peligrosa construcción de armas de combate.

En los Estados Unidos de Norte América, este aspecto del feminismo ha adquirido en muy poco tiempo una nueva manifestación. Podemos concretarlo, llamándole feminismo marcial, y no, por cierto, impropriamente. La intervención de esa República en la guerra, ha removido fuerzas nuevas para ponerlas al servicio del Gobierno. Y las mujeres, que allí forman en las avanzadas de las ideas, ahora desempeñan marciales oficios.



Instrucción de reclutas femeninos de la "Liga norteamericana", en un campo de Governor's Island (Nueva York)

# EL CUENTO DEL MAESTRO

(NARRACIÓN INFANTIL)

EL maestro sonríe bondadoso, gozando en la infantil curiosidad de sus pequeños oyentes, y da comienzo á la fábula.

—Os voy á relatar un cuento que yo mismo, en el viejo dietario de mis horas, he compuesto, y que, por ser reciente aún, no se ha descabulado en el viejo desván de mi memoria. Escuchad, que os lo he de referir como si lo leyera. Dice así :

## EL HOMBRE BUENO

En un país lejano reinaba un príncipe que tenía esclavizado al pueblo bajo el yugo de su tiranía feroz y sanguinaria. Tributos onerosos, crueidades e injusticias, eran la ley con la que gobernaba á sus súbditos; y los clamores y protestas que tal conducta levantaba en el pueblo, sus ministros—perversos e hipócritas—le aconsejaban reprimir con crueles venganzas y represalias. Así, éstos, podían vender su protección ó influencia á aquellos desgraciados, víctimas de expliación ó injusticias, que á cambio de sus riquezas quisieran eludir los sangrientos castigos.

Mas he aquí que, de entre la hez del pueblo, hízose notar un hombre que, predicando una ley de amor y de justicia, como Cristo, quería llevar la paz y el bien al desgraciado pueblo.

Y su credo de amor y de bondad fué extendiéndose entre los humildes, cuyos oprimidos corazones recibieron la prédica como una promesa remota de felicidad.

Los prosélitos iban de día en día aumentando el número de sus discípulos, hasta que el eco de su doctrina llegó á las gradas del trono. Los nobles de la Corte y los magnates que gozaban del favoritismo acogieron el rumor con burlas y sarcasmos, y el sobrenombr con el que el pueblo designaba á aquel pobre muchacho, ellos lo trocaron por el apodo injurioso de *El idiota*.

Fué transcurriendo el tiempo y aquel hombre adquiría cada vez más adeptos, y entre sus compañeros de indigencia—los pobres labriegos y plebeyos de la ciudad—iba surgiendo la aurora de un nuevo día, en el que habría de imperar, al fin, el *hosanna* del Mártir.

Tal simpatía y popularidad llegó á despertar recelos y temores entre los grandes validos de la Corte, y aun el mismo rey, aconsejado por sus ministros, creyó llegado el caso de aplicar un acto de justicia, según el modo brutal y sanguinario que tenía por costumbre usar con su pueblo.

Acordada en secreto consejo la sentencia, fué preso el *hombre bueno* por orden del rey, y, según era de justicia, se le sometió á proceso. Inculpósele de perturbador y sectario, y probado lo



cual, fué condenado á morir en la explanada del Castillo, ante la presencia de todo el pueblo, como escarmiento ejemplar de fácicos y falsos redentores.

El ejecutor de la bárbara sentencia sería uno de los más hábiles flecheros de las mesnadas reales, el cual emponzoñaría con un veneno mortal la aguda punta del dardo que habría de clavarse en el pecho de la víctima.

Dispúsose todo, y al amanecer del nuevo día hállose congregada la Corte y el rey, que presenciaría el suplicio, para dar al acto mayor solemnidad. Rodeando las tribunas ó sentados sobre el suelo veíanse á todos los habitantes de la comarca que, como vasallos ó feudatarios, vinieron, obligados, á asistir á la feroz ceremonia de asesinar á un hombre inocente.

Ultimados los detalles, púsose al reo de pie junto al tronco de la encina que se elevaba en medio de la explanada, y requirió su ballesta el flechero. Hubo un instante de angustioso silencio, en el que sólo se escuchaban, aquí y allá, disimulados sollozos y ardorosas protestas de aquellos miserables vasallos, de aquella ruin plebe que presenciaba llorando el martirio del hombre que moría por ellos, por la ansiada redención. Sonó el clarín real, acallando todos los rumores, y en el fatal silencio, precursor de la tragedia, sonó la voz del rey, inhumana y feroz, mandando ejecutar la sentencia.

Apuntó el flechero y disparó la ballesta; el dardo envenenado cruzó el aire con silbido siniestro, y, por un extraño designio de la casualidad,

desvióse levemente de su ruta y fué á dar de plano sobre el tronco del árbol; cimbreóse la varilla de acero y, como animada de nuevo impulso, se dirigió contra el pecho del rey. Un clamor de espanto atronó el valle, y, ante el asombro de todos, el reo, haciendo un potente esfuerzo, rompió sus ligaduras y corrió hacia el trono en que el rey, lívido de pavor, yacía inmóvil.

El condenado apoyó sus labios sobre el brazo del monarca, traspasado por el dardo, y escribió, una y otra vez, la sangre emponzoñada de la herida, hasta quitar de ella el último resto de veneno.

Aquello era salvar la vida del rey, pero já costa de su propia vida!...

El asombro del pueblo y de los cortesanos tenía á todos enmudecidos, y en el terrible silencio de aquel instante volvió á sonar de nuevo la voz del monarca, que, con trémulo acento, dijo así :

—¿Quién eres tú, hombre extraño, que libras de la muerte á aquel que te condenó á morir?

—Soy el *bueno*; el que ha predicado á tu pueblo cómo la bondad y el amor llegarán un día á reinar en el mundo. Y he aquí, por fin, que h cumpido mi misión, pues te he salvado el alma. Desde hoy amarás el Bien, que es el amor y la justicia.

Y al terminar sus palabras cayó sobre el tapiz, que alfombraba el trono real, quedando su cuerpo exánime á los pies del monarca.

La profecía del *hombre bueno* se cumplió, y desde aquel día, el cruel príncipe se convirtió en padre amante y justo de su pueblo, y éste gozó, por fin, la paz y la equidad, que constituyen la felicidad de los hombres en la tierra.

Ved, pues, hijos míos, cómo el sacrificio de aquel hombre no fué estéril y venció al Mal con su bondad...

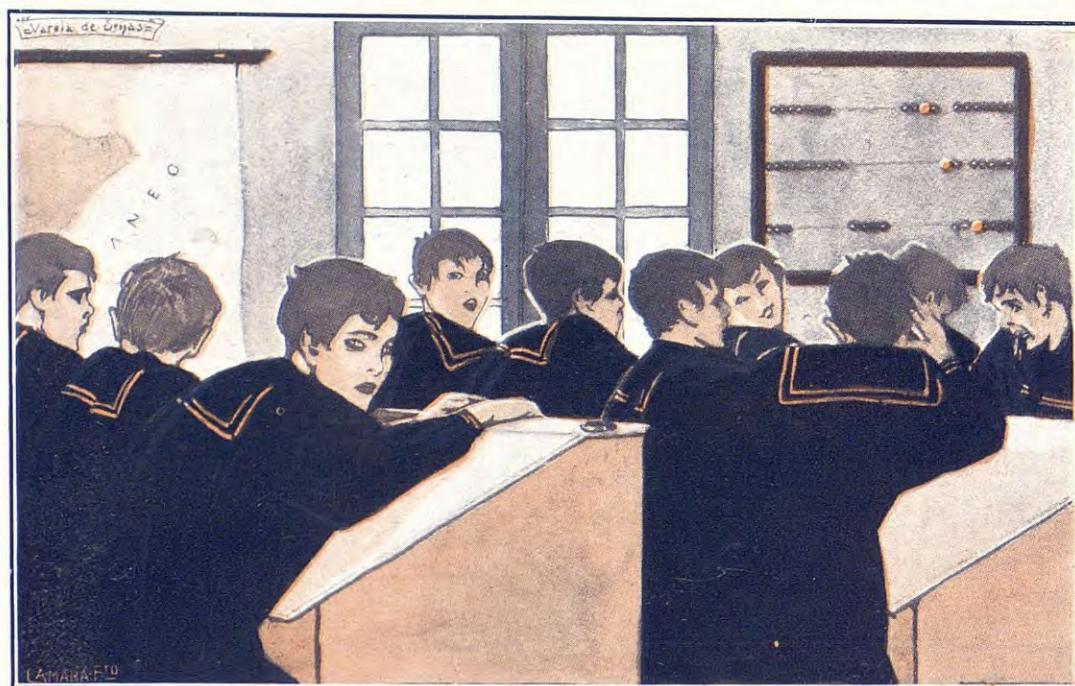
Así terminó el cuento, y cuando el viejo maestro pronunciaba las últimas palabras, el sol ocultóse tras los altos paredones que cobijaban el jardín de la escuela y quitó de las flores el oro de su luz.

En la sala inicióse la suave melodía de una tierna plegaria. Las dulces voces infantiles entonaron la «Oración de salida», que el maestro recitaba uniendo su voz á la canción, y las místicas frases del rezo fueron llenando la estancia de un tibio olor de flores blancas, eucarísticas, como el perfume de aquellas lindas bocas chiquitanas que sahumaban el aire con el místico canto de la tarde :

Os damos gracias, Señor,  
por habernos asistido,  
con vuestras luces, y  
os suplicamos...

FERNANDO MOTA

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



## LOS REYES POETAS



En medio del Eliseo,  
más al á de la otra orilla  
del Leteo,  
una doble aureola brilla.  
Son dos reyes que allí están.  
Juan Segundo de Castilla  
está sentado en su silla  
de cuero y de tafetán.  
Enfrente de él, toda entera,  
ostenta la aristocracia  
de su gracia  
Juan Segundo de Baviera.  
Los dos solemnes sitiales  
hieren fulgentes la vista,  
y las dos cátedras reales  
ostentan su pompa iguales  
sobre torre de amarista.  
Tienen los dos soberanos  
luces sobrenaturales  
en sus rostros ultrahumanos,  
y contemplando el jardín,  
exclaman con voz incierta,  
como alma que se despierta  
de largos sueños al fin:  
—Mi castillo, mis cantares,  
mi alcázar y mis juglares...  
—El cisne de Lohengrin—.  
Juan Segundo de Castilla  
prosigue con triste voz:  
—¿Qué fué de la maravilla  
de mi reino y de mi alfoz?  
¿Qué de mis torres alzadas  
en el centro de un pensil,  
con sus ventanas caladas  
y sus agujas labradas  
de oro, plata y de marfil?  
¿Qué otras plantas han pisado

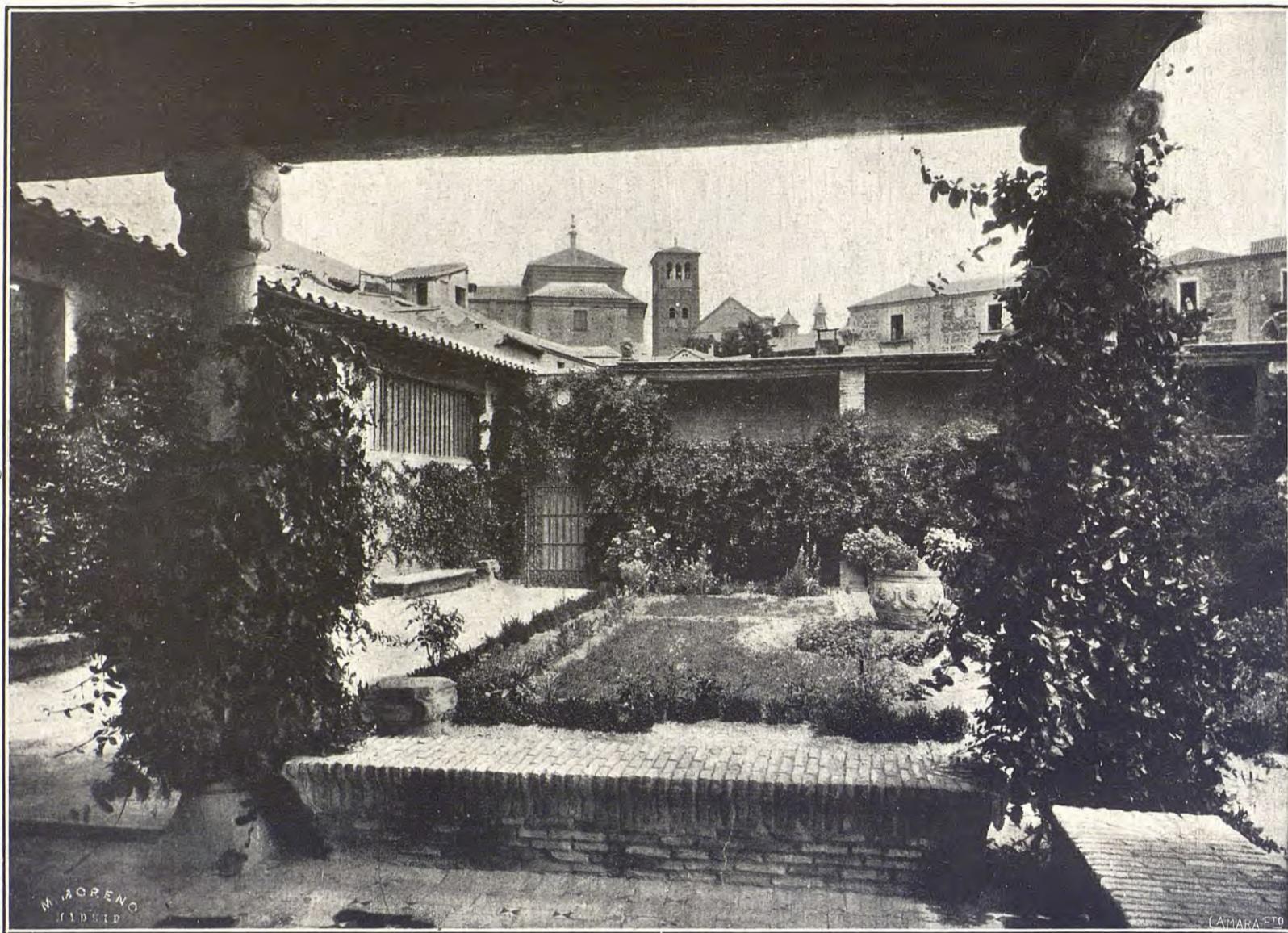
mis pérsicas alcatifas,  
que envidiaron los califas  
en mi aposento encantado?  
Y ¿qué ha sido de las prosas  
y las glosas  
de aquellos mis trovadores?  
¿Qué fué de los tañedores  
de las músicas galanas,  
que arrullaron los amores  
de mis noches castellanias?—  
El rey Don Juan ha callado;  
y con su voz de quimera,  
Luis Segundo de Baviera  
comienza así:—Yo he soñado  
los tesoros que guardaron  
los emires de Medina  
y las sedas que bordaron  
las princesas de la China.  
Recibir con su homenaje  
servidumbre de sultanas  
y tributo y vasallaje  
de cien reinas africanas.  
Y de inmensos escuadrones  
de centauros y dragones  
de ignoradas selvas raras,  
y mujeres misteriosas  
reclinadas perezosas  
en las blandas acítaras.  
Caravanas de elefantes,  
que cargados de diamantes  
y las púrpuras más bellas,  
la tiriana y sidonita  
ofrecíranme con ellas  
más tesoros que ofrendaron  
cuantos reyes adoraron  
á la negra sulamita.  
Oí un misterioso canto.

¿Fué del cisne? ¿Fué de un santo  
caballero del Grial?  
¿O era de Amfortás el llanto  
que clamaba á Parceval?  
El lago surcó mi barca  
para escuchar peregrina  
la diaria sonatina  
que se oyó,  
sólo digna de un monarca  
como yo.  
Costóme el concierto grave  
la vida con la diadema.  
Y era la música suave  
con que al fin del horizonte  
cantando estaba Aqueronte  
su barcarola suprema—.  
Y los reyes con un sabio  
silencio sellan su labio.  
Una triste llama brilla  
en los ojos de Don Juan.  
—¡Oh, mis noches de Castilla!—  
dice el triste—, ¿dónde están?  
Trovadores y canciones,  
jugaz niebla, blanca espuma,  
humo perdido en la bruma  
de todas las ilusiones—.  
Y el rey Luis, en su lamento,  
dice así:—Como Amfortás,  
yo también lloro, irredento.  
Gran Ricardo: ¿dónde estás?  
Los dos reyes son hermanos.

Tienen miradas de amor  
en sus rostros ultrahumanos,  
y dicen con amargura:  
—Sólo una cosa perdura.  
La constancia del dolor—.  
¡Oh, cuidados amadores  
de lo irreal!  
Toque el polvo vuestra frente,  
que el dolor es solamente  
lo inmortal.  
Se hizo la noche. Más fría  
que la muerte. Cantó un ave  
y el campo cruzó una suave  
brisa de melancolía.  
Suspira el rey de Baviera.  
Suspira el rey de Castilla.  
Suspira la tierra entera.  
Llenando está el Eliseo  
la tristeza de la orilla  
del Leteo.

Pedro DE RÉPIDE

## EL GRECO Y SU PAISAJE ESPIRITUAL



La casa del Greco, en Toledo

**A**CABAMOS de ver el *Entierro del conde de Orgaz*, al fondo de la capilla menuda y fresca, en cuya estera el chiquillo que nos guía hace ensayos de patinaje, bajo la mirada tolerante de la sacristana morena. Bajamos la calle maldiciendo esas guijas colocadas, según Gautier, del lado más agudo, con el objeto de morfiscar al transeunte. ¿Para qué muertos serán esas cruces de piedra tosca? A la futura lápida está trepando un niño rosa como en cualquier dibujo simbolista del Amor y la Muerte. Cerca, una vieja que lleva la cabeza cubierta con una bayeta agresiva—verde amarilla—, enciende penosamente un haz de leña. Bajemos todavía este calvario. Horaciana, rústica y sosegada, nos aparece entonces la casa del Greco.

Ni la celda de San Marcos, donde se maceraba Savonarola; ni la casa de Balzac en la rue Raynouard, donde miramos conmovidos la cafetera indispensable para las heroicas veladas; ni el cuarto de Sils-María, en donde padeciera Nietzsche sus pensamientos vertiginosos; ningún lugar humano que conserve la huella de un febril espíritu, nos puede conmover tanto como esta casita donde el pintor buscó frescura y paz. Los guías y algún admirable eruditio como el Sr. Cossío, nos dirán que, reconstruida en parte, no es tal vez con exactitud la morada del Greco. Pero si hacemos una «composición de lugar», como quería Loyola, no hallamos en Toledo paisaje alguno más digno de reposar el alma de ese místico del pincel, febril y torturado según lo poco que de él sabemos y lo mucho que nuestra romántica simpatía adivina. La ciudad, crispada en sus rocas altas, aquí parece más suave y meridional. Es casi un vergel este jardín. Si nos sentamos en las gradas de la casa, veremos el manso declive de la campiña. Y es dulce también el paisaje doméstico. Azulejos alternados con ladrillos en el patio claro. Frente á la entrada el oratorio. En un rincón del patio

la tinaja. A la derecha la cocina extensa, casi un salón, como era en tiempos del regalado yantar y de los finos sibaritas de iglesia. Los obesos y simpáticos cacharros de Talavera ocupan toda una cavidad del muro. Cerca, un libro de reposería nos documenta sobre los secretos del «mazapán doble ó forrado». No puede chocarnos tal recuerdo goloso en esta casa. Sabemos que era regalón el inquilino. Tal vez en esta ventana se apoyaba á mirar el huerto, el huerto que no ha pintado nunca. ¿No irían á decirle una vez más que copiaba esplendores tizianescos?

Cuando hemos subido la escalera, cuando hemos visto esos aposentos enjalbegados, esa celda luminosa donde pintaba, según supone el guardián, estamos seguros de que en este ambiente debió venir á reposarse después de sus andanzas por Toledo. Le inquietaba esta ciudad que es su reflejo, la más extraña concordancia de un hombre y un paisaje. La difusa espiritualidad de estas calles severas y laberínticas, se hace conciencia, se concreta, en esa alma laberíntica y severa. A imagen y semejanza de ellas, fueron siempre los caminos empinados y estrechos, en las ingenuas alegorías de los pintores. Cuando llegamos al Puente de Alcántara, comprendemos mejor el *Camino de Perfección*, de Santa Teresa. El paisaje expresa lo mismo. Abajo el río torrencial; arriba el castillo crispado en la roca, pardo y próximo al cielo, como esas almas orgullosas que se despojaron de las abundancias y colores terrenos. Todo es arista de peña, zig-zag de rayo, una agitación petrificada. Y sobre esta aspereza inmóvil las nubes en humareda, como acabo de verlas, nubes del Greco, en perpetua amenaza de tempestad, que nunca van á deshacerse en las tibias y calmanas gotas de un sensual verano.

Tan bien como en la casa; comprendemos en las calles y en el museo el alma de ese pintor que ya no llamamos «extravagante». Más que

Ribera y Zurbarán nos interesa. Estos son sólo católicos abnegados, sin rebeldías ni conflictos. Pero el Greco nos ofrece la imagen angustiosa del cruel y constante despojo místico. Este griego educado en Venecia cuando toda la pompa italiana ha estallado allí; este discípulo del Tiziano que tenía, según cuentan, «músicos asalariados para, cuando comía, gozar de toda delicia», será el pintor del «apóstolado», de las más consumidas penitencias. ¡Con qué simpatía dolorosa vamos siguiendo en el exaltado meridional los estragos del ascetismo castellano! Cinéreos son los fondos, crepusculares los cielos; mas no con ese claroscuro rembranesco, tan luminoso aún. ¡Y, sin embargo! Ved cómo el «hombre viejo» de la Biblia, el sensual veneziano, resuena en esos mantos de los apóstoles, verde alguno, ardiente aquél hasta parecerme de lejos en el museo sólo un reflejo del sol poniente sobre la carne melada: ¡tan violento es su matiz anaranjado! Únicamente veis divinos tísicos con los ojos apuntados á la nube tras de la cual el cielo será una Toledo sin flores, y quizás sin mujeres. ¡Y he aquí, de pronto, á este Crucificado con piernas musculosas, á lo Rubens! El pintor está luchando por expresar el alma al raves de este divino cuerpo humano... que es sólo barro y podre.

Recordad cuán difícilmente el catolicismo primitivo aceptaba la pintura, arte pagano. ¡Eterno conflicto del místico! Veo al Greco indeciso. Sabe muy bien este discípulo del Tiziano cómo se pinta la carne suntuosamente. ¿Imaginará esas Madonas de Bellini, que son sólo graciosas *confidinas*? ¿Pintará á lo Murillo Cristos guapos ó sevillanas bonitas que disimulan mal en los sagrados lienzos el deseo de bajar pronto hacia su patio con claveles, los lindos ojos paganos? El Greco no puede hacerlo. Pintar es para él una forma de orar; pero, al mismo tiempo, sentirá como nadie el contrasentido de su

## LA ESFERA

vocación, que es copiar las formas, y de su misticismo, que es negarlas. Así comprendo el brusco descuido en sus pinceladas, ese constante boceto, ese deseo de acabar, esa inquietud que en cada cuadro nos seduce y conmueve.

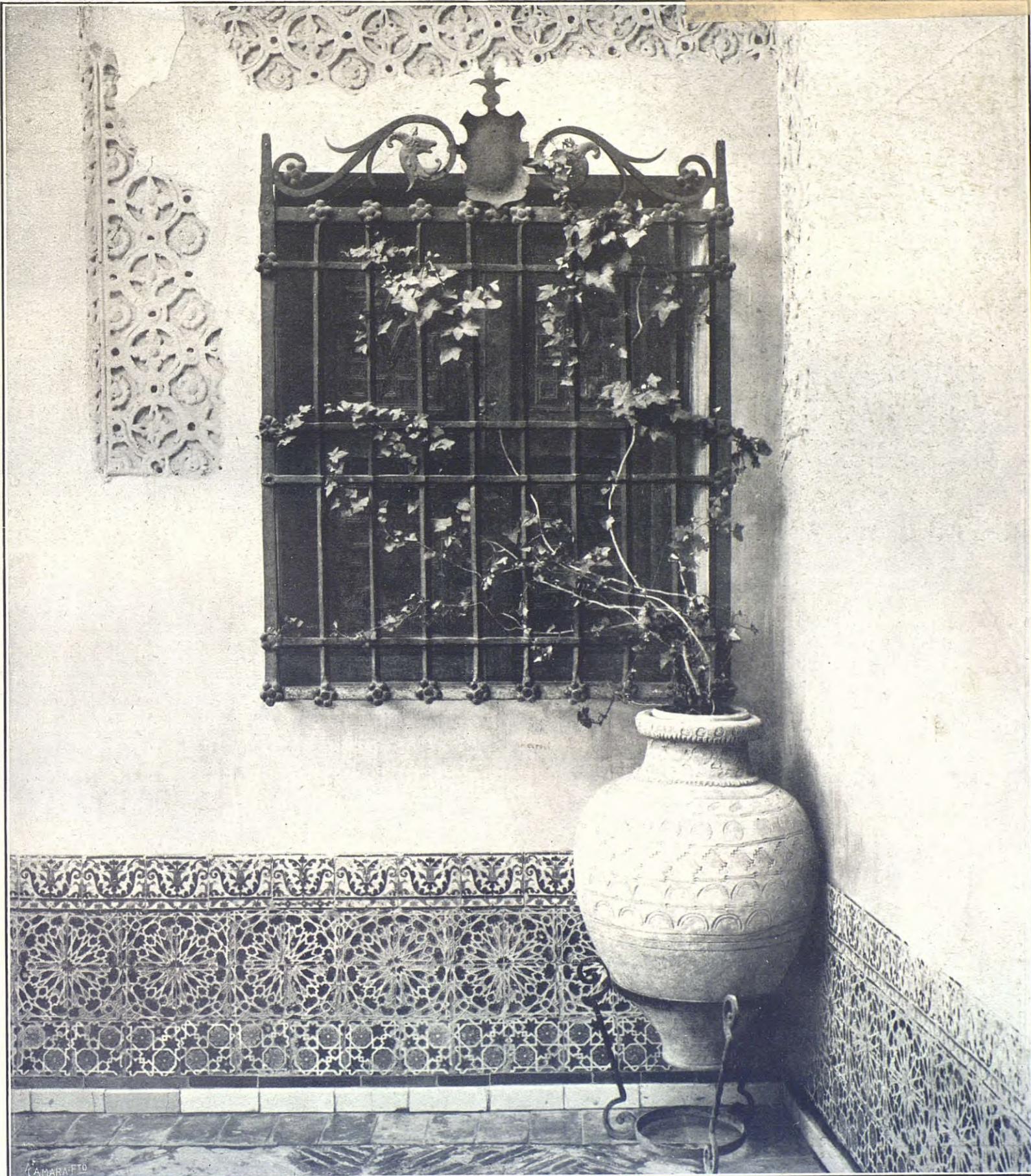
¿Era así este hombre singular? La Historia nos cuenta poco; los cuadros algo más. Por éstos supondríamos que era un ermitaño tético; por las anécdotas y documentos de eruditos, sabemos que era amigo de regalado lujo. Si era un asceta, pues, lo fué según la tradición española de Séneca, sin atarse á los bienes terrenales, pero saborcándolos mientras duran y se viene la muerte tan callando. Por esto os dije que ningún paisaje de Toledo me parece más digno de servir como fondo ideal á las meditaciones

de este horaño. Le vemos bajar las escaleras con su ferrero de paño negro—como en su retrato del *Entierro* ó en el que posee la Catedral—, sumida la cabeza en la gorguera blanca. Se santigua al pasar ante el oratorio; quizá va á hacer una breve oración. Aquí, en la puerta, por donde la campiña declinante se melancoliza, vese tal vez como ahora, á unas mujeres que están lavando, cubierta la cabeza con paños de los más vivos y atrevidos colores. En el aire sutil transmitense los más lejanos sonidos: el de unos chiquillos que retozan en la plaza de San Juan de los Reyes, el de unas mulas que tintinean con dos pardos cántaros en el lomo. Pero sobre esta fácil vida, sobre este desmadejar agreste y plácido de las horas iguales, está,

como una amenaza suspendida, el escorzo terrible de las nubes plomizas...

Y entonces vemos que el pintor, como transitando, sube otra vez las escaleras, traspasa el corredor de tallada baranda y, en el taller, que es como un oratorio, va dibujando con negro de humo, con ocre terroso y gris cinereo, á imagen de su rostro y del de algunos hidalgos sus amigos, estos caballeros de la triste figura que eterniza el *Entierro*, estos apóstoles demacrados, estos penitentes, estos Cristos, rápidamente, sin precisiones terrenas, como si fuera un acto de contrición por el pagano interior que no ha podido morir...

VENTURA GARCÍA CALDERÓN



Valiosa y artística reja de la casa del Greco, en Toledo

FOTS. MORENO

## — ESCENAS DE LA GUERRA —



TRASLADO DE LA POBLACIÓN CIVIL EN LAS LOCALIDADES BELGAS OCUPADAS POR LAS TROPAS ALEMANAS, A LOS PUNTOS DE CONCENTRACIÓN

Dibujo de Matania

DESDE PARÍS

## LA EXPOSICIÓN DE "LA GUERRE ET LES HUMORISTES"



ALBERT GUILLAUME  
Cuya obra nos muestra lo pintoresco de cómo "ellas" viven mientras "ellos" mueren

LOS primeros vencidos en esta guerra son los artistas. De ellos, sólo un grupo consiguió salvar el prestigio de su bandera. Este grupo es el de aquellos legionarios del Arte que supieron evitar el contacto directo con

el drama, manteniéndose, á pesar de ello, dentro de su atmósfera enrarecida—como los buzos bajo el agua—merced al amparo de una escafandra protectora: el humorismo.

Acabo de visitar la Exposición de *La guerra y los humoristas*. Entre las expuestas, cuantas obras pretenden vestir de ironía más ó menos sanguinaria, cualquier aspecto de la batalla, no pasan de ser cosas triviales; y, por contraste con la solemnidad de la hora, estas majaderías adquieren importancia de sacrilegios.

Se cuentan por docenas los dibujantes que, atraídos por la tan efímera como injustificada celebridad de Raemaekers, siguen sus huellas. Hay, entre estos imitadores del «oportunista» holandés, algunos pocos de los que bien pudiera aprender dibujo el seudomaestro... Y hay también no pocas medianías, y muchas nulidades...

La enseñanza que entraña esta Exposición es terminante; al esforzarse en tocar á la tragedia, sin lograr siquiera verla, el humorista es peor que lamentable: es ridículo...

Y sólo vuelven por los fueros de su arte los humoristas ingleses de la escuela de Spurgin, y entre los franceses, Guillaume, el maestro de maestros, y Poulbot, inimitable cronista de la *Guerre des gosses*.

□□□

Diz que, hogaño, los artistas buscaron y hallaron tema de inspiración en la guerra. Hemos de suponer que ese tiempo es ido y acabado, pues que esta lucha, la más dura entre las reñidas por los hombres en la Historia, no ha sugerido al Arte cosa alguna que en belleza esté—ni con



El "oportunista" holandés Raemaekers, cuyos imitadores se encuentran por docenas; entre ellos hay algunos que podrían enseñar dibujo al seudomaestro

mucho—á la altura del inefable horror de la tragedia.

Buscad entre los dibujos y los cuadros; entre los mármoles y los bronces; entre las poesías y las prosas... Buscad la obra maestra; la obra que



Humorismo inglés.—Las pequeñas ventajas del herido



Victimas de la guerra.—Los que no encuentran un automóvil al salir del teatro



Primavera.—«Y qué?... No hacemos nada malo...; jugamos al «zappelin», por Poulbot

ha de perpetuar la memoria de los hechos, sobreviviéndoles como la huella del espíritu sobrevive á la del cuerpo... Buscad, y yo os digo que buscaréis en vano...

La obra maestra inspirada en la guerra, no existe...

Quizá la barbarie misma de la batalla y la desolación de sus paisajes, y la tremenda banalidad de su heroísmo, que es el de la *chair à canon*, resignada y anónima, sean causas de infecundidad en el maridaje del Arte con una fuerza sin belleza...

Tal vez, por lo contrario, exista en la tienda una belleza sobrehumana, belleza que esté—como están lo infinito del espacio y la razón de ser del Universo—fuera del alcance de los hombres... Y así, en la inmensidad del drama, perderíase y se abatiría el genio, vencido por las incomprensibles grandezas del hecho, como un águila que intentara salvar un océano y cayera, vencida por las para ella inaccesibles distancias del mundo...

Y bien pudiera ser, en fin, que en el oscuro fondo, del que jamás saldrán, para ver la luz, aquellos motivos y razones que en verdad lo fueron de esta guerra, se halle, igualmente oculta para siempre, la solución de este problema, alza-

do por el hibridismo artístico del ambiente que la guerra engendró. Y fuera tal solución capaz de asombrarnos con una certidumbre: la de que es el Arte cosa demasiado noble y bella para ser mancillada con el lodo sangriento en el que, con titánico empeño, luchan mezquinas ambiciones de los pueblos...

No hay estética en el gesto de un mercader que, por la fuerza de los puños, quiere alejar de su mercadería toda temible concurrencia; y si el puño del mercader adverso es en la réplica tan duro que mata, no será el de la víctima ese «bell morir» capaz de honrar, sublimándola, toda existencia...



Noche de «zeppelines», por Guillaume



«El sueño de una noche de invierno», por Guillaume

Divorciados están, pues, el Arte y la guerra, y sólo al margen de la Gran Tragedia hallamos notas artísticas que, siendo paradójicamente rasgos de humorismo, vienen á ser también como irónicas acotaciones trazadas por la mano de un lector ingenioso y escéptico sobre las terribles páginas que al Apocalipsis dedicó, en su inmortal *Suma*, Santo Tomás...

Hablemos brevemente de dos de estos acotadores, de dos de estos comentaristas cuya obra hace oficio de Arca salvadora del humor y de la sonrisa, bajo este Diluvio de la Sangre... Hablemos de Guillaume y de Poulbot...



Economías.—Copiad todos, quinientas veces, la frase: «No hay que malgastar el papel», por Poulbot

Guillaume es el máximo pintor de la máxima feminidad. Sus modelos preferidos—únicos podríamos decir—son las mujeres de París. La fórmula de su arte es, pues, una mágica cifra que en la expresión de un rostro ó en la quietud ó en el movimiento de un cuerpo de *parisienne*, compendia la eterna soberanía de lo eterno femenino, trinidad de fuerzas distintas—belleza, inconstancia y gracia—en una sola deidad verdadera: ilusión.

En su obra, Guillaume nos muestra lo pintoresco de cómo «ellas» viven mientras «ellos» mueren... Y bajo la tibieza perfumada y voluptuosa que envuelve á las *femmes de guerre* del exquisito humorista, quizás esté, callado y latente, el drama futuro é inquietante de la vida, que ha de obscurecer, no tarde, á este otro drama banal que hoy vivimos en la muerte...

De Poulbot... ¿qué decir? Sus modelos—únicos también—son los niños: los niños, que son la esperanza... Con sus gestos, con sus frases de ingenuidad cruel, los *niños de guerra*, de Poulbot, me recuerdan, por su infinita y dulce amargura, los ángeles sonrientes mutilados por la metralla, sobre los muros de las catedrales...

ANTONIO G. DE LINARES



«¡Camarada, mamá, camarada!», por Poulbot



«¡Habrá comido carne de «boche»!», por Poulbot

## LA SERENIDAD



sacionales, donde mezcla el patriotismo con las faldas anchas, y la abnegación con los colores de sus futuros trajes.

Blanca la detiene, ¡No puede ser, no puede ser! Todas las elegancias que van á ver ahora son cosas de exportación. Ellas tienen que ser modestas. Suspira.

—¡Pensar que tengo á mi marido en la guerra!

Pero Magda la interrumpe. Su caso de ella es mucho más triste aún. ¡Ella tiene á su marido y á su amante!

DIBUJO DE ECHEA

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

Las dos amigas han concluido de almorzar. Lo han hecho en uno de los deliciosos *restaurants*, emboscados en las faldas del *Bois*, que un día vieron magnificencias dignas de los colgantes jardines de Babilonia, y otro fueron vergeles de Armida, laberintos de Pafos y de Citera. El yantar ha sido frugal y modesto; nada de aquellas raras exquisitezas que hacían que un almuerzo costase como una joya; cosas sencillas, exquisitamente condimentadas, frutas... Después, han subido á su automóvil—un coche de *sport* muy bajo, un poco varonil—y han vuelto hacia París. Ya en los Campos Elíseos han decidido andar un poco, y han hecho parar.

Todo en ellas es discreto y sobrio. Nada de aquellas cabelleras «Verónés» ó «ala de cuervo»—menos, claro es, del delirio de las cabelleras violetas ó azules—; nada de los atavíos Oriente ni *falso menor*; una femenilidad esfumada, sin estraflarias ambigüedades; una femenilidad que ellas quisieran, *¡helá!*, espartana, aunque, á decir verdad, no llega.

París ha cambiado mucho. Da la sensación de que hay menos gente, menos ruido, menos luz. Las proporciones de la ciudad maravillosa son más clásicas, llenas de una nobleza infinitamente aristocrática. El prodigo de las perspectivas, la armonía de los edificios neoclásicos, destacándose sobre el jugoso esmeralda de las arboledas; la teatralidad digna de una urbe remota de las enormes avenidas, á cuyo final se alza orgullosamente la pompa del Arco Triunfal; los jardines, poblados de estatuas clásicas; la cineraria suntuosidad del Panteón, todo aquello hecho para desfile de los cortejos espléndidos y de ejércitos vencedores, por el ensueño glorioso de Napoleón, luce infinitamente, así, en la paz casi solemne. Los caballos de los bárbaros piasaron á las puertas de la capital encantada; pero el heroísmo de sus hijos les obligaron á alejarse. Mas una tristeza reflexiva, sin cobardes desfallecimientos, pero también sin las locas frivolidades, ha envuelto á la villa luminosa. Una gran sensación de paz planea sobre todas las cosas; la imagen que más adecuada me parece es la de esas aves que, en un cielo infinitamente azul, descienden, extendidas las alas, con la majestad augusta de un símbolo.

¿No habéis observado que en los pueblos, como en los hombres, la alegría es siempre igual, mientras la tristeza ofrece una variedad infinita de gomas? La tristeza que envuelve á París tiene una severa y alta dignidad, hecha de fe y de renunciamiento.

En la magia gris, rosa y azul de la tarde, las dos amigas hablan llenas de nostalgia. Ya no vive nada de aquello tan l'ello, tan vario, tan falso y tan esfímero. Hablan de las gentes locas y arbitrarias que escribieron las páginas absurdas de *antes de la guerra*, de los *gigolós* adamados, con pulseras de jade y de malaquita, y de las mujeres que eran como muñecas de harén que hubiesen leído á Loti.

Y curiosamente, sin darse cuenta ni aun ellas mismas, es interesante cómo van desentrañando el fondo verdadero de las almas y con qué perspicacia ven despertarse el heroísmo, la abnegación, la fe, todas las viejas virtudes que los venenos sábios de la civilización habían adormecido en las almas y que el dolor, eterna fuente de energía, ha despertado.

Sin saber cómo se entusiasman. ¿No es más bello morir, como murió Pierre, abrazado á su bandera, gritando: «¡Viva Francia!», que como aquel Príncipe Fiorini, que acabó de una inyección de morfina en un *garni*?

Pero han llegado á la plaza de la Concordia. El auto les lleva á la *rue de la Paix*. Van á la modista. Y Magda ha olvidado el heroísmo y la polvera y hace locos proyectos de *toilettes* sensuales.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

## EL REINADO DE LAS RUBIAS



Y no se lleva lo moreno.  
Nos hallamos en uno de los tés danzantes que hoy ha puesto en boga nuestro prurito de imitar lo exótico. Hay en torno un conjunto de mujeres elegantísimas y bellas que flirtean, bailan y presumen junto á hombres uniformados por la moda; y una linda criatura de ojos verdes y *toilette* de lo más *epatante*, ha lanzado de improviso, con cierto aire dogmático, el extraño apotegma:

—Ya no se lleva lo moreno.

Maquinalmente miramos á la detractora del cabello sombrío, y más tarde, á las demás hembras que á nuestro alrededor se agitaban. Ninguna de ellas, ó casi ninguna, tiene, en efecto, la cabellera obscura, sino blonda; desde el pálido rubio de Ofelia, Miss Helyet y las Gretchen de las baladas alemanas, hasta el rubio rojizo de la más conturbadora Salomé de teatro, pasando por el incendio capilar de cualquier *Casco de Oro* á estilo apache, no existe en el salón un solo áureo maíz, natural ó de laboratorio, que no esté representado en una cabeza femenina. Y cada cual, con júbilo ó con pena, según sus aficiones, ha convenido, con la linda criatura de ojos verdes y *toilette* de lo más *epatante*, en que «ya no se lleva lo moreno».

Si esto ocurriera en un país del Norte, el hecho no tendría nada de chocante; pero aquí, en la tierra de la morena Trinidad y de Pastora Imperio, en la arábiga tierra que un día poblaron las Zoraidas y las Lindarajas, resulta insólito, increíble. En España lo moreno debe llevarse siempre, que no en balde es de España la deliciosa copla:

Moreno pin'an á Cristo,  
morena á la Magdalena...

Y, sin embargo, la morenez está en desuso ya dentro de nuestra Patria, como en todas partes. La Sulamita bíblica á quien miró el sol, y aquella célebre andaluza vista por Musset, se hallan

## VENGANZA

Desdeñando el mañana y el ayer,  
sigue tu loca vida de esplendor,  
sin que tu pecho logren commover  
reminiscencias de un perdido amor.

Deja que el negro cuervo del dolor  
hunda sus garras sólo en mí, mujer.  
Para las grandes almas, el Creador  
las grandes amarguras quiso hacer.

Mucho por causa tuya padecí.  
Mas piensa que va á todos la aflicción  
y acaso un día se detenga en ti.

Y, al recordar entonces tu traición,  
gotas de sangre llorarás por mí  
en la agonía de tu corazón.

MIGUEL DE CASTRO

en baja, y han de dejar su puesto á las Margaritas con notas de Gounod y á las Livias de guardropía, consagradas por el moderno gusto.

Porque todo es cuestión de gustos en la actualidad, y á la naturaleza para nada se la tiene en cuenta; ayer estuvo de moda el pelo verde ó amaranto, que hoy está *demodé*, y mañana decaerá el oro que hoy ha desbancado al azabache. La leyenda, el ambiente, importan poco, y la España bravía y cañí de cabezas negras cual la noche, la España de las seguidillas y el bolero —joh, bucles tenebrosos de Mignon, la bailarina goethiana!—tórnase por ensalmo en Patria de hembras rubicundas que bailan tangos argentinos vertidos del francés, ó valsan con desmavado junto á un Danubio azul, que es mera hipótesis.

Rubia está ahora la Goya, y no sería de extrañar que el día menos pensado apareciese rubia Tórtola Valencia, en tanto el pelo negro envejece con la Otero y con la Tortajada. Al último conjuro dictador de Viena y de París, por todo el mundo las más penumbrosas cabelleras empiezan á dorarse como un campo de espigas. La suerte está echada, y ante el nuevo imperativo categórico, las mujeres han hecho el milagro con diabólica desenvoltura.

¡Ah, Carmen, Carmen!... Tus maquilladas niñas, renegando de ti, se ponen la manilla con arreglo á no sé qué figurín de allende el Pirineo; y en su rincón del Louvre, el retrato de la blonda Monna Lisa sonríe, más enigmática que nunca...

GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA

DIBUJO DE PENAGOS

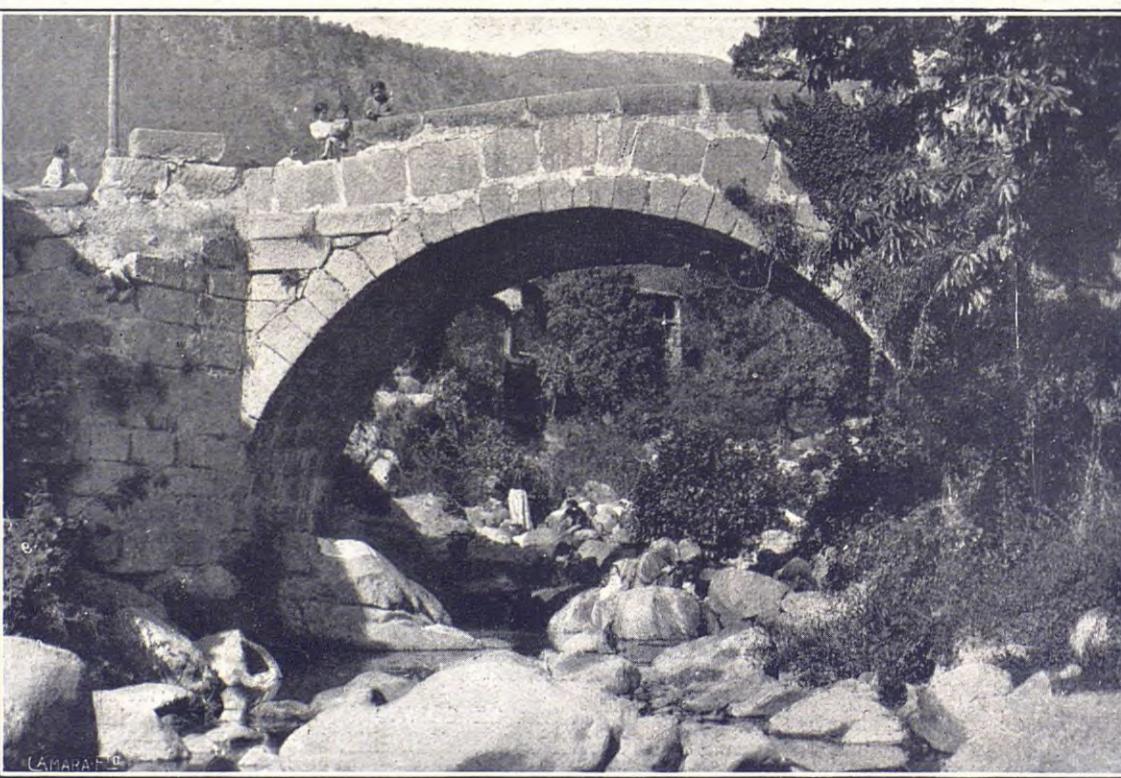
POR TIERRAS DE AVILA  
**EL VALLE DEL TIÉTAR**



Pintoresco paisaje de Piedralabes en el valle del Tiétar (Avila)

EN nuestra amada Patria, muy cerca de Madrid, hay puntos completamente desconocidos por los habitantes de la corte, sitios de una belleza artística extraordinaria, de condiciones climatológicas incomparables. Desde hace treinta años vengo estudiando las sierras inmediatas á la corte y he publicado varios trabajos sobre la Sierra de Guadarrama. Quiero ocuparme ahora, para que los lectores se formen una ligera idea por las fotografías que acompañan, de otro sitio, admirable por sus extraordinarias condiciones; me refiero al valle del Tiétar.

En la vertiente oriental de la Sierra de Gredos, con exposición al Mediodía, y defendido



Puente romano en Piedralabes

de los vientos del Norte por el enorme macizo de Gredos, se extiende un fértil y hermosísimo valle; regado por el río Tiétar, resulta un verdadero paraíso.

Espléndida y variada vegetación lo puebla de grandes pinos, alcornocales, enormes castaños, olivares, maizales, etcétera, etc., criándose al aire libre el naranjo y el limonero, teniendo en la cúspide de las montañas las nieves perpetuas; por este solo dato se comprenderá su grandísima importancia.

Toda esta región produce en la economía una acción tónica y excitante que, activando el metabolismo de los tejidos, y aumentando el poder fagocitario de los ele-



Piedralabes visto desde la carretera

mentos anatómicos, las defensas orgánicas se acentúan y se logra la regeneración del organismo. Los que estén débiles, anémicos, convalecientes, pretuberculosos, los agotados por el trajín de las grandes poblaciones en la difícil lucha por la vida y en las múltiples causas debilitantes de las grandes urbes, encontrarán en estos sitios su completa curación. En cualquiera

de los bellísimos pueblos, como Arenas de San Pedro, Mombeltrán, Cuevas del Valle, Piedralabes, Ramascastañas, Lanzahita, Casas Viejas, Sotillo de Ladrada, etc., etc., hacen de toda esta región *una estación sanitaria natural* de primer orden, análoga á la formada por la Sierra de Guadarrama, ya más conocida, y cuyas aplicaciones en beneficio de la salud se están apro-

vechando. El día que los Gobiernos se penetren de la grandísima necesidad que hay de facilitar los medios de comunicación y se hiciera un ferrocarril de vía estrecha que uniera todos estos admirables sitios, se habría dado un paso gigantesco en beneficio de la población doliente madrileña.

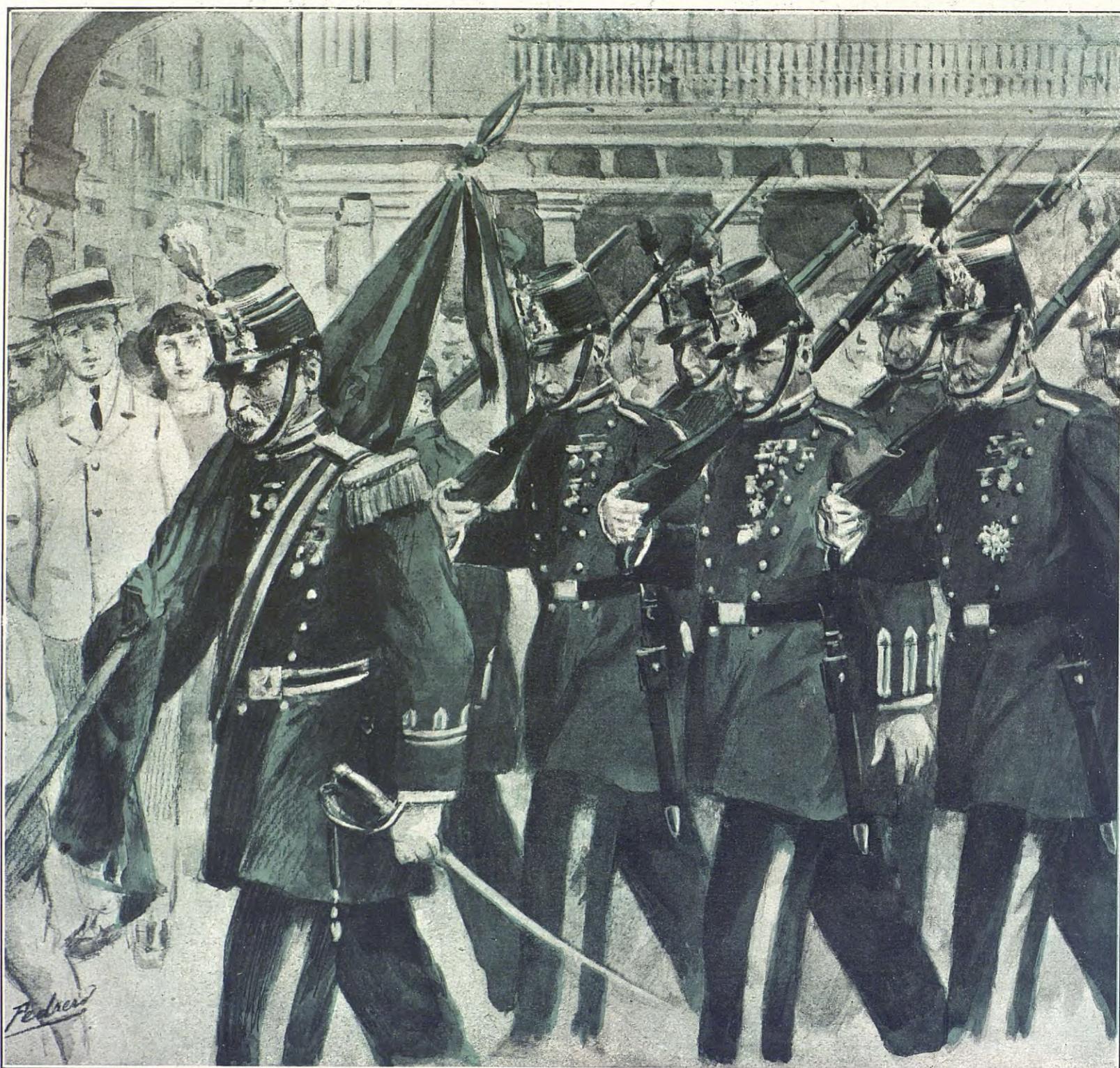
DR. BALTASAR HERNÁNDEZ BRIZ



Una calle de Piedralabes

FOTS. HERNÁNDEZ BRIZ

## LA HISTORIA PASA...



## LOS VETERANOS

Por ahí van los veteranos  
al compás de su charanga,  
la que del Himno de Riego  
las notas vibrantes lanza.

Por ahí van los veteranos  
luciendo el traje de gala,  
porque del Siete de Julio  
celebran la fiesta clásica.

Por ahí van los veteranos,  
cuya presencia nos habla  
de la España pintoresca,  
de la España siempre brava...

Por ahí van los veteranos,  
llevando al hombro sus armas,  
que para estos nobles viejos,  
van resultando pesadas...

No son estos veteranos

mozos de gentil estampa,  
ni con sus miradas prenden  
fuego á las sensibles almas;

no son los mozos gallardos  
que, en época ya lejana,  
rindieron las fortalezas  
amorosas más bizarras;

no son los mozos bravos,  
todos vida y esperanza,  
y en los cuales reverdece  
todo el vigor de la raza.

Algunos ya son dérreptos,  
pero aún con soltura marchan,  
siempre con la «vista al frente»,  
y con la frente muy alta.

Aún graves, «marcan el paso»,  
y al penetrar en la Plaza

Mayor, recuerdan el viejo  
tiempo de las barricadas,

en las que sufrieron muchos  
el rigor de la metralla  
para defender los fueros  
de la joven Democracia,

que venciendo los obstáculos,  
siempre en lucha noble y franca,  
hacia nosotros venía  
con ímpetus de avalancha...

Por ahí van los veteranos  
al compás de su charanga,  
con el morrión simbólico  
que de la Historia de España

en este día solemne  
recuerda gloriosas páginas,

escritas con roja sangre  
entre rugidos de rabia.

Por ahí van los veteranos  
llevando al hombro sus armas,  
que emplearían con gozo  
si hubiera que dispararlas...

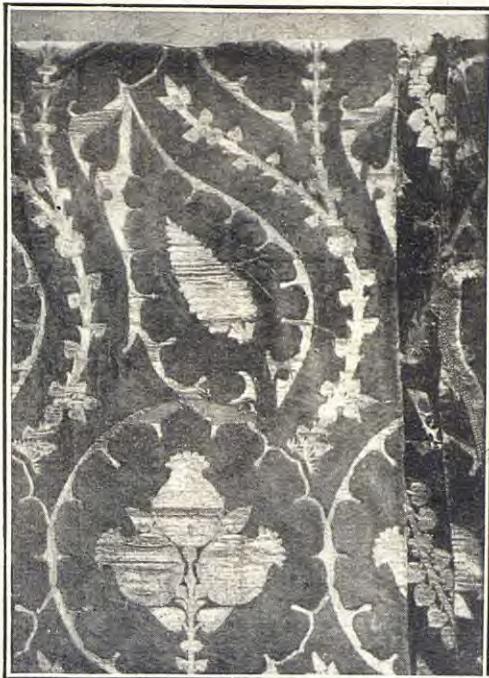
Descúbrete, madrileño,  
ante esos viejos que marchan  
dando escolta á su bandera  
que como reliquia guardan.

Descúbrete, inadriéño,  
é inclina la frente hidalga  
ante el pasado que vuelve,  
ante la Historia que pasa...

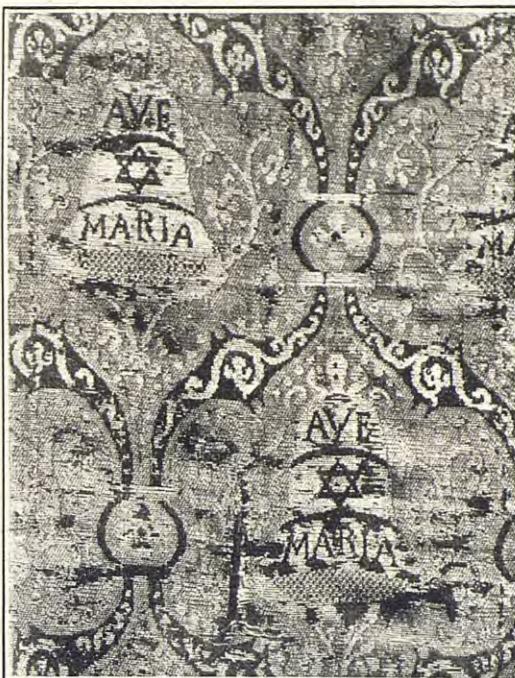
MANUEL SORIANO

DIBUJO DE PEDRERO

LOS AMIGOS DEL ARTE  
EXPOSICIÓN DE TELAS ANTIGUAS



Terciopelo cortado y oro con temas lobulados asimétricos (siglo XV)



Seda fondo azul y composición lanceolada, con campana y lema "Ave María" (siglo XVI)



Seda valenciana, gusto francés, para decorar los "Sitios Reales" (fines siglo XVIII)

INVOLUNTARIAMENTE por nuestra parte, han retrasado las reseñas de la Exposición Nacional y de la Francesa de Barcelona, el dar cuenta de la interesantísima de Texilaria española, organizada por la Sociedad de Amigos del Arte.

En esta, á todas luces conveniente, pléthora de exposiciones que desde hace poco tiempo se manifiesta en la capital de España, es inevitable seguir un orden cronológico, y aunque se prescinda de algunas de menor importancia, conceder toda la atención precisa á aquellas que representan un valor positivo y cultural.

Las organizadas por la Sociedad de Amigos del Arte tienen siempre esta representación. Cada una de ellas constituye como un extenso capítulo de la historia estética de nuestra Patria.

Seis lleva organizadas con iguales acierto y competencia la benemérita Sociedad, y en todas se han procurado vulgarizar sendos aspectos del arte español. En 1911, la arquitectura; en 1912, el mueble; en 1913, la pintura de principios del siglo XIX; en 1915, el encaje; en 1916, la miniatura; ahora, los tejidos españoles antiguos.

Constituían la Comisión organizadora de esta Exposición de Texilaria, los señores marqués de Comillas, conde de Casal, José Moreno Carbonero, José María Flórez y Pedro Mg. de Artiñano.

El último de éstos ha sido el encargado del prólogo del catálogo, y en honor á la verdad, lo ha hecho con una competencia, una amenidad literaria, un dominio tan profundo del asunto y una

sencillez expresiva (donde se revela el profundo conocimiento de la materia) que merece todos los elogios. Precisamente, si algún pero podríamos poner antes de ahora á las Exposiciones de Amigos del Arte, era cierto descuido y ligereza en algunos de los prólogos de sus catálogos. No olvidamos, por ejemplo, aquél desdichadísimo de las *Pinturas españolas en la primera mitad del siglo XIX*.

En cambio, el trabajo realizado por el señor Artiñano es obra excellentísima y que, por completa, podría satisfacerle. No obstante, el señor Artiñano quiso ampliar aún su propósito dando dos conferencias en el local de la Exposición sobre el mismo asunto de la evolución del arte textil en España desde los comienzos hispano-

árabes hasta que Jacquard modifica los telares á mano y cambia con ello la fabricación de tejidos.

No sería justo, por último, olvidar la riqueza y belleza editoriales de este catálogo, que es una obra magníficamente presentada, y cuyas tricromías, bicolores, fotografados e impresión se han hecho en los talleres de Artes Gráficas de Mateu. Supera con mucho á los trabajos del mismo género realizados por la misma casa, aun siendo todos ellos de los que pueden enorgullecernos con toda legitimidad frente á las ediciones artísticas de otros países.

ooo

Cerca de cuatrocientas piezas constituyan la Exposición de Texilaria española instalada en las salas bajas del Palacio de Bibliotecas y Museos. Como en todas las exhibiciones organizadas por la Sociedad Amigos del Arte, se unían al lujo y buen gusto de la presentación, la selección depurada y la clasificación experta. No en vano figura en el Comité el Sr. Florit, cuya competencia es reconocida por todos.

La Exposición se componía de tres envíos ó instalaciones: el de S. M. el Rey, el de la Junta de Museos de Barcelona y el más numeroso, de entidades y particulares.

Conjunto rico, armonioso, de políchromías rutilantes ó de gamas finísimas, retadoras del tiempo, formaban estos tejidos, con su vistosa elocuencia de preteritos esplendores. Podían considerarse, según dice muy acertadamente el señor Artiñano, «como un



Tejido de seda con tema de águilas dobles y flores, siguiendo el gusto del Renacimiento portugués (siglos XVI-XVII)

compendio de la historia cultural de nuestra Patria, ya que el arte textil, más que las restantes artes industriales, resume en cada instante, á la vez, el estado productivo, el industrial, el intelectual, el artístico y el social de un pueblo, constituyendo la medida tangible más valiosa y que mejor permite graduar la cultura de su época.»

Los tres períodos en que se divide la historia de la texilaria española han estado bien representados en la Exposición última.

Comprenden estos tres períodos desde el «hispano árabe, de tradición persa, anterior al siglo XIII», según lo define Mr. Cox, hasta los Reyes Católicos; desde esta época, hasta la decadencia del siglo XVII, y, por último, la influencia francesa del siglo XVIII.

«Cada uno tiene un prólogo—dice el Sr. Artiñano en el suyo, admirable—, esto es, sus raíces, de interés extraordinario. Del primitivo lo son los tejidos sasanidas y copas que, con las maneras persas, constituye los orígenes fundamentales de nuestro arte hispano-árabe; del Renacimiento lo es el gusto gótico, que, picando los terciopelos en hojas lobuladas, y componiendo los grandes temas de piñas, á la manera veneciana, ó á la inversa, inspirando con ello á la ciudad de los Dux, prepara los talleres toledanos para las grandes composiciones con oro anillado primero, y para su imitación industrializada en los brocates después; nuestra vertiginosa y profunda decadencia en el siglo XVII borró nuestra individualidad y preparó la invasión de las imitaciones francesas, con las que, siguiendo paso á paso lo que allí se hacía durante el siglo XVIII, nos trajo los temas florales sembrados, simétricos al principio, compli-

cados después, que llegan á entremezclar figuras, y que por fin se presentan asimétricos (arroccados) sobre telas listadas, siguiendo el gusto de Versalles, cual lo elaboraban los telares de Lyon y su comarca.»

Del período hispano-árabe figuraban en esta Exposición ejemplares notabilísimos; pero se destacaban, por su belleza y caracteres representativos, el famoso *tiraz* de Hixen II, propiedad de la Real Academia de la Historia, con sus bellísimos medallones, de tradición copta, á lo largo de los cuales corre la inscripción cívica: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso, la bendición de Dios y la prosperidad para el califa Iman Abdaloh Hixen, favorecido de Dios, príncipe de los creyentes.»

Los envíos de la Junta de Museos de Barcelona, donde había algunos curiosísimos del pri-

mer período de la invasión árabe en España, copiando temas rasánidas y el llamado de los «elefantes».

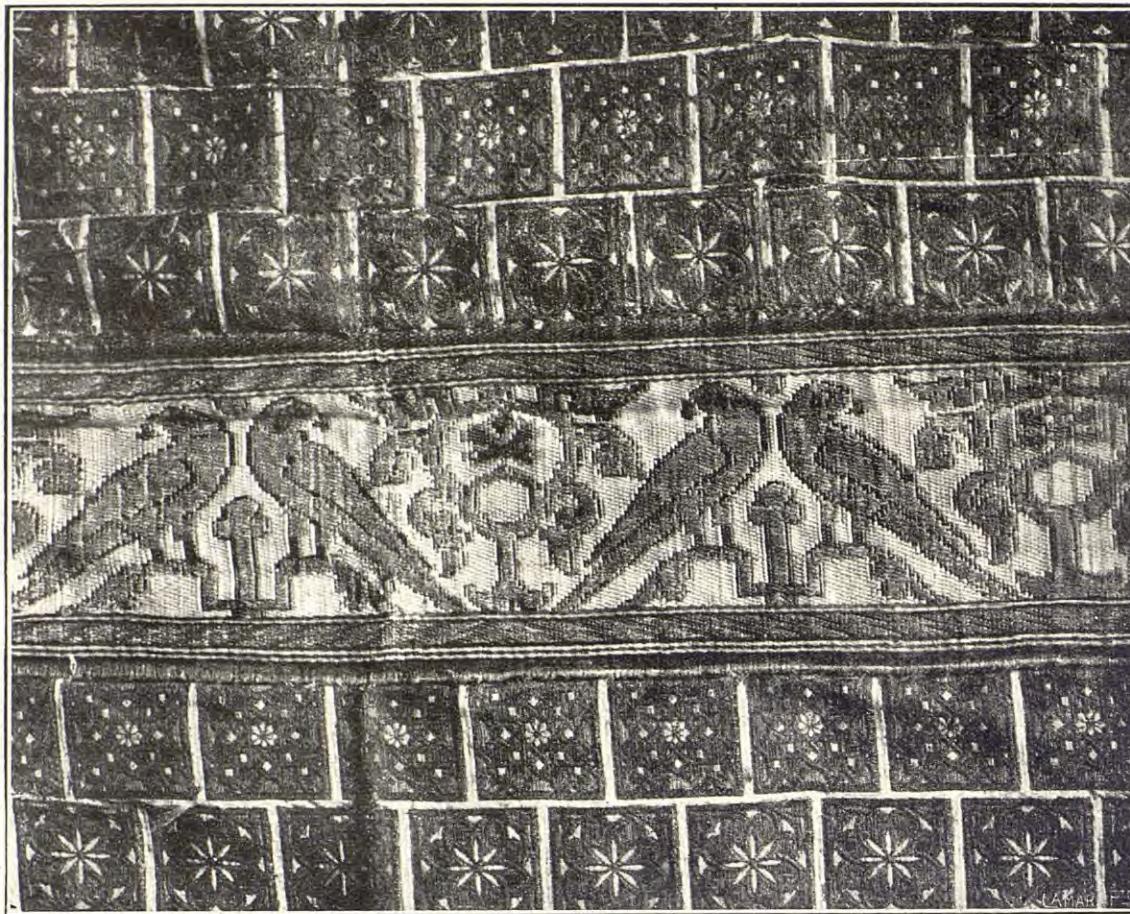
Pero las verdaderas joyas, no sólo de la serie de obras de este período de la texilaria española, sino de toda la Exposición, eran, por su riqueza y buen estado de conservación, la capa y dalmática del siglo XIII que se conservan en la catedral de Lérida, y que son muestra acabada y magnífica de lo que producía la industria textil en los talleres de Granada y Almería.

También son dignos de particular mención los envíos del cabildo de la catedral de Salamanca (siglo XI al XII), del Museo Arqueológico Provincial de León (siglo XII) y los de doña Elena Rodríguez, en el que figura una tela con reminiscencias coptas, trabajo, quizás español, de Córdoba, del siglo X al XI, muy parecido á los

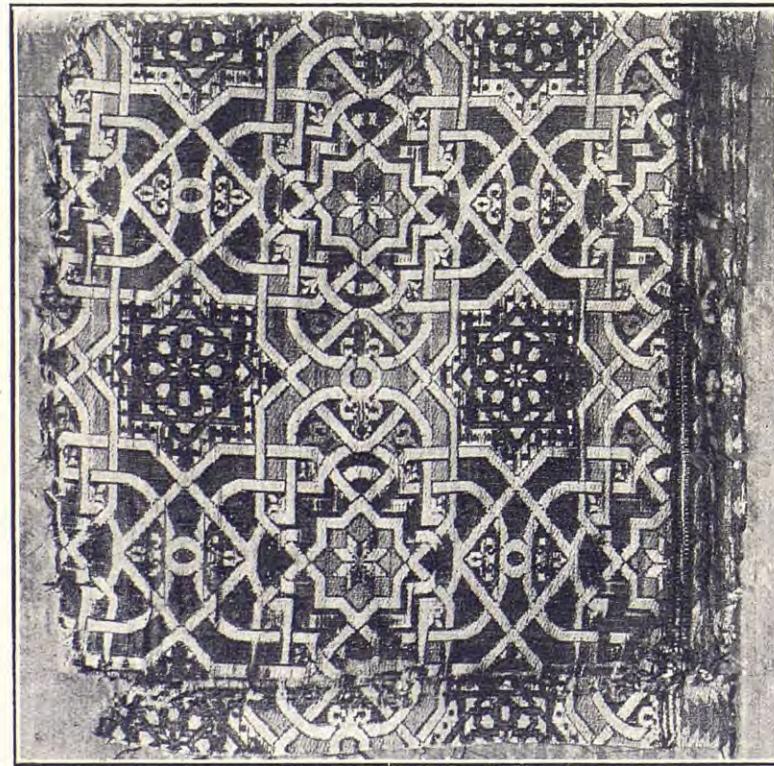
ejemplares hallados en las necrópolis árabes de Egipto, correspondiente á esta época.

Espléndidas y suntuosas, hablando con el tono señoril y caballeresco de los siglos XV y XVI en España, son las telas correspondientes al segundo período, y entre la numerosa serie abundan las procedentes de los talleres de Toledo, Sevilla, Granada y otras provincias.

Además de los Centros, entidades y particulares ya mencionados, han contribuido á dar importancia con sus envíos á esta Exposición, por tantos conceptos interesantísimos, el Museo Arqueológico de Valladolid, la catedral de Toledo, el Museo Nacional de Artes Industriales, las señoras de Lázaro, Cabrejo y duquesa de Parcent, y los Sres. Páramo, conde de las Almenas, marqués de Cerralbo, Laiglesia, Weissbergen, Castillo Olivares y Moreno Carbonero, entre otros.



Detalle de la tira central de la famosa capa de la catedral de Lérida (siglo XIII)



Tejido de seda hispano-árabe, con leyenda (siglo XV)



FOTO. MATEU Terciopelo con decoración lanceolada y con el tema de la piña (siglo XVI)



CÁMARA Fto.

"Euskotarrock (vascos)", cuadro de Valentín de Zubiaurre

## La Exposición Nacional de Bellas Artes LOS CUADROS DE GÉNERO

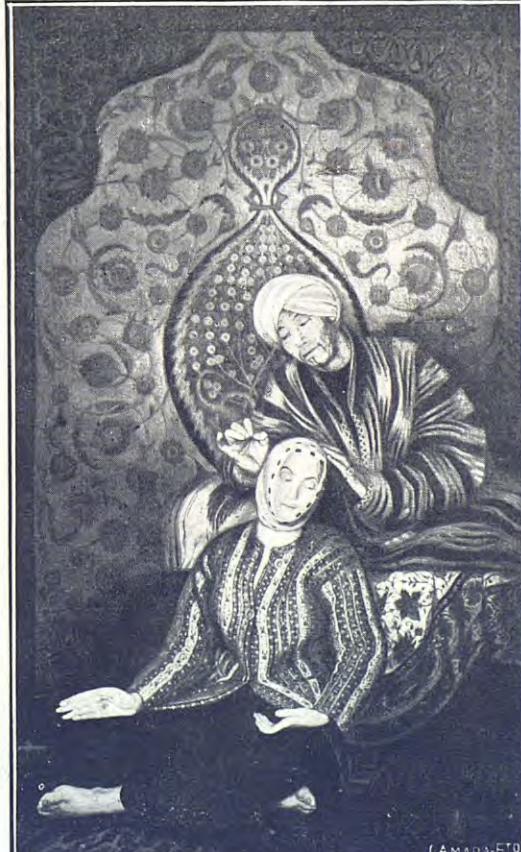
Al esta Exposición Nacional la encontramos, en general, falta de inquietud, falta de luminosidad y excesivamente obsesionada de españolismo.

Carece de inquietud la Exposición, porque está toda ella como resignada, como aletargada en los hallazgos demasiado exigüos ó demasiado clásicos. Demasiado modernos, desgraciadamente, no. El artista español del siglo xix no es como el conquistador español del siglo xvii. Teme á las aventuras que le arranquen de su vida cotidiana.

Hay dos clases de inquietud. Una, la estéril, la tardía, la preconcebida, la que brota como una planta parásita en los espíritus abandonados ya á su decadencia. La otra es la que Camille Mauclair define de un modo exacto en su ensayo crítico *La identidad y la fusión de las artes*: «Esta inquietud no es más que el presentimiento de la vanidad de las categorías. No se puede confundir con el desorden. Signo de fe, se manifiesta en las horas que preceden en los grandes hallazgos. La inquietud, agregada por la crítica vulgar á la idea de «decadencia», es precisamente todo lo contrario: la condición indispensable de todo ascenso, el elemento ácido que emulsiona toda fórmula y la impide estacionarse. Ser inquieto es querer consagrarse á una creencia más amplia; es tener en sí mismo una fe bastante grande para despreciar el reposo y los fáciles éxitos y no apartarse un punto de los deberes superiores á la vocación.»

Esta inquietud fecunda y sagrada falta en la casi totalidad de los cuadros expuestos este año. Las audacias son tímidas y con cimientos academicistas; las escapadas al ideal no existen; el esfuerzo técnico y el impulso ideológico señalarían menos que la presión del dedo de un niño en un dinamómetro.

Hemos visto, precisamente en estos días, otra Exposición, harto representativa de un espíritu nacional. La de artistas franceses, de Barcelona. Como la gráfica línea de un sismógrafo acusa las oscilaciones y sacudimientos de la tierra, esta Ex-



"Las caricias del Dukova", cuadro de Roberto González del Blanco

posición señala los altibajos de la evolución del arte francés desde la segunda mitad del siglo xix hasta nuestros días. Asciende en los impresionistas; desciende después, y realiza otro ascenso ahora. Saliémos de las salas de los consagrados, de los medallados, de los que ya tienen pátina de Museo y condecoraciones que parecen florecer, como las plantas de cementerio, sobre espíritus muertos, y entrábamos á las salas de los artistas modernos, disconformes, arbitrarios, generosos, inquietos, en fin. Y es una alegría contagiosa la que nos invade: alegría de los colores, de los desequilibrios, de las agresivas sorpresas, de los saltos funambulicos... Todavía esto no se ha depurado, no se ha seleccionado; pero ya es algo que late con sangre nueva y con nuevos propósitos.

Pero aquí casi todo es gris, recto, paralelo y monótono. Es la sensación de que caminamos por un desfiladero de paredes iguales y lisas, y que el resplandor del cielo está amortiguado por crespones de tormenta.

Es la otra falta de la luminosidad. Cuando el año anterior la Exposición Beltrán, los bailes rusos y la Exposición Anglada entraron á torrentes la luz y la alegría sensual, imaginamos una futura y próxima renovación en el arte de nuestros pintores. Incluso por una vez hubiera sido disculpado el gregarismo por su significación de antecedente evolutivo. Pero no ha sido así. Únicamente asoman de cuando en cuando boquetes de valencianismo, de sorollismo, mejor dicho. Y tal vez no está lejano el momento de comprender que esta alegría del sorollismo no es la que conviene á la vida moderna y supercivilizada de nuestros días. Se detiene en los límites del instinto: deslumbra y no emociona.

Falta de inquietud, falta de luminosidad, esta Exposición persigue, con una tozudez torpe y ficticia, el españolismo pictórico. Y si esto es ahora en que voluntariamente se pintan campesinos con cara de bruto, cacharros de Talavera, llanuras y capas pardas, ¿qué será de la próxima Exposición, cuando



"Eclesiae Senatus", cuadro de Díaz Domínguez

vuelvan todos estos pensionados de la actual, obli-gados á pintar más cacharros y más paletos y más capas pardas y más llanuras desoladas?

Esta falta de inquietud y de luminosidad, este exceso de españolismo, limitado al españolismo áspero, duro y un poco grosero de los pueblos castellanos, tiene, además, como consecuencia, la falta de desnudos. El español, que entre sus muchos defectos tiene la hipocresía religiosa, odia el desnudo. Cada vez hallamos menos cuadros de desnudo en nuestras Exposiciones. No habréis olvidado el caso de la Nacional de 1915, en que se rechazó *La maja marquesa*, de Federico Beltrán, y se admitió, en cambio, un lienzo horrido, patibulario y prosibulario, cuya descripción nos mancharía la pluma y nos emplebeyería el léxico.

¿Qué hay, entonces, en esta Exposición capaz de liberarse de la mediocridad general, de la vulgaridad triunfante? Algunas menos obras de las que la Prensa estimó notables, y algunas más de las que el Jurado consideró dignas de recompensa.

Desde luego, los cuadros de composición ó de «asunto» son escasos. Se va perdiendo la tradición de esta clase de obras pictóricas y se agrava cada vez más esta pérdida con la sanción de los Jurados en favor de simples retratos y paisajes simples.

Veamos algunas de las obras que se destacan de la mediocridad general.

De Eugenio Hermoso y de Gustavo Maeztu, así como de sus obras *A la fiesta del pueblo* y *Tierra ibérica*, hablamos extensamente en números anteriores de LA ESFERA.

Valentín de Zubiaurre, además del retrato del señor Acuña, presenta dos cuadros: *Versolaris* y *Euskotaroch*. Ya conocido el primero por haber figurado en la Exposición de Artistas Vascos celebrada en otoño de 1916, ha sido premiado ahora muy justamente con medalla de oro. Elogiamos entonces, repetimos ahora *Versolaris* por parecernos la obra más fundamental de Valentín de Zubiaurre, aquella donde culminan y están concretados todos los valores ideológicos y técnicos de su personalidad inconfundible.

*Euskotaroch*, que reproducimos á todo color en este número, ha sorprendido un poco en la súbita iniciación de una nueva manera en el

concepto estético de Valentín. Nueva y no inédita, puesto que muchas de sus características están latentes en los lienzos de Ramón. Diríase que alcanzado el máximo del perfeccionamiento, vuelven á fundirse y á confundirse las técnicas fraternas como en los días indecisos y tristes del comienzo.

Hernández Nájera, Alcalá Galiano y Díaz Olano, representan con *La romería del Rocío*, *La fiesta del mar* é *Hilanderas y tejedores*, el tradicional concepto de lo que debe ser el cuadro de Exposición Nacional.

Alcalá Galiano y Hernández Nájera se destacan, además, por el valor intrínseco de sus sendos lienzos. De *La fiesta del mar* ya hablamos oportunamente en estas mismas páginas. *La romería del Rocío* es, indudablemente, la mejor obra que ha pintado Hernández Nájera y una de las mejores de este Certamen, por su cromatismo espléndido, su realismo bien observado y su composición rítmica.

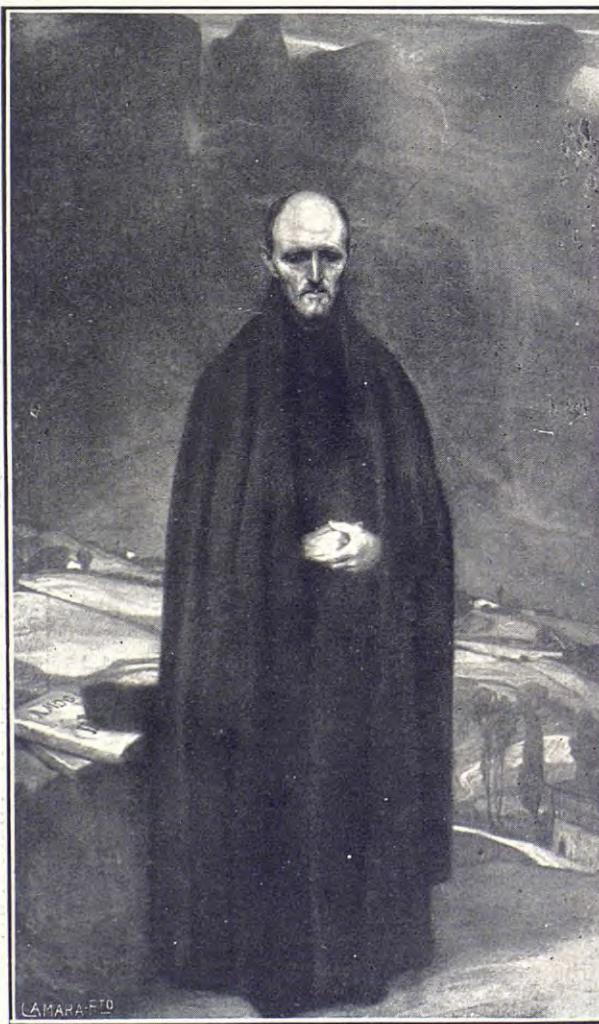
Elías Salaverría presenta el *San Ignacio de Loyola*, pintado por encargo de la Diputación de Guipúzcoa. A propósito de este lienzo, para el que ha tenido una rara unanimidad de elogio la crítica, se han hecho algunas apreciaciones arbitrarias sobre lo que debe ser la pintura religiosa. Es un criterio monjil y murielco el que se ha querido aplicar á este cuadro admirable de potencialidad energica y

de severo realismo. Es así, con toda su hosquedad, con todo su enigmático hieratismo, como debe concebirse al fundador. Pocos cuadros modernos alcanzan tan alta permanencia espiritual como este *San Ignacio de Salaverría*.

Contra *La Cancha*, de Cristóbal Ruiz, se han desatado filisteas cóleras é impotencias profesionales. Y, sin embargo, en Cristóbal Ruiz hay que saludar la aparición de un artista personalísimo y destacado ya, á quien le esperan muchos triunfos. Trae, con su pintura simple, armoniosa y cándida, una visión nueva de la pintura. Nueva en España, naturalmente, donde todo sorprende en sus retradas apariciones. *La Cancha* significa, además, una simpática sonrisa de frescura, de alegría, de serenidad, en medio de esa inundación de negras tristezas y nauseabundas monocromías que amenazan invadirnos si no las rechazamos con obras claras, luminosas, sanas y áben pintadas!

Porque es curioso que, además de premiar el Jurado este año una tendencia nefasta y repugnante en cierta clase de obras, ha sancionado con ese premio una técnica pobre, mala y risible...

Deben citarse, además, *Las caricias del Bukara* y *Thomá, la danzadora del pañuelo*, dos cuadros orientalistas bien compuestos y muy agradables de color, de González del Blanco; *Los ojos de la noche*, lienzo de gran tamaño y de angustias difíciles, gallardamente resueltas, del pintor italiano Guido Caprotti; *Después de la representación*, de Ricardo Urgell; *Verbena madrileña*, de José Bermejo, que es uno de sus cuadros más notables y más vigorosamente pintados; *La procesión del Albaicín*, trozo de buena pintura española, de Pérez Ortiz; *Interior*, de Martí Garcés, impregnado de esa nostálgica melancolía que tienen todos los lienzos del ilustre pintor catalán; *As nenas de Rosalba*, del joven pintor gallego Juan Luis López, que completa la simpática y valiosa revelación de *Florisel*; *Símanquinos*, de Castro Cires, en que hubiéramos deseado menos rigidez de retratados en los modelos; *La tarántula*, de Rodríguez Jaldón; *Las dos hermanas y Muchacha con frutas*, de Pedro Antonio, que en sus parcas dimensiones significan mucho más que lienzos de gran tamaño y aparato, por lo excelente y bien orientado de su



"San Ignacio de Loyola", cuadro de Elías Salaverría



"Antes de la procesión", cuadro de Alfonso Grosso



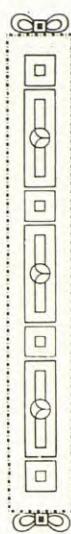
"La Cancha", cuadro de Cristóbal Ruiz



"Oriental", cuadro de Pedro Casas Abarca



"Garteranos", cuadro de Manuel Cruz



"Tipos simanquinos", cuadro de Castro Cires

técnica; *La danza del velo* y *El hombre del plato*, originales de Luis Masriera; *Entre naranjos*, de Rigoberto Soler, que habla en el tono cálido y potente de un Sorolla; *Una cabeza gitana y Feria de Sevilla*, donde el temperamento soñador y embrujado de goyismo, de Marín Ramos, se ofrece con toda su fuerza expresiva; *Almíñas*, de Sobrino Buhigas, que tiene la dulzura romántica de una poesía del divino Curros; *Oriental* y *Salomé*, de Casas Abarca, afortunado y galante intérprete de figuras femeninas; *En la ermita*, de García Condoy; *Claro de luna*, de Verger; *El bocadillo*, de Julio del Val; *Garteranos*, de Manuel Cruz; *Mujeres de Ansó*, de Villegas Brieva; *Vejez de David*, de Alberti; *A su imagen y semejanza*, página demóledora y audaz en su simbolismo, de «Tito»; *Mascarada*, de Carlos Alberto Castellanos; *Eclesiae Senatus*, de Díaz

Domínguez, y *Antes de la procesión*, de Alfonso Grossó. Y aun en algunos de ellos empleamos, para citarlos, esta benevolencia nuestra habitual que se nos reprocha como un defecto y de la que nos sentimos orgullosos como de una virtud muy necesaria en España, donde el arte está harto menospreciado y escarnecido por aquellos que debían defenderle y alentarlo.

Sobre todo en la última Exposición Nacional, que, notoriamente inferior a la de otros años, no ha sido, ni mucho menos, el espectáculo lamentable y el invisitado Certamen que ha pretendido la mayoría de la Prensa diaria.

Cierto es que han faltado algunos de los artistas que tenían instalación especial en la Nacional de 1915; pero la del presente alcanza el mismo nivel artístico que en años anteriores alcanzaron las de estos mismos autores.—SILVIO LAGO



"Verbena madrileña", cuadro de José Bermejo



"La romería del Rocío", cuadro de Miguel Hernández Nájera



"El hombre del p'ato", cuadro de Luis Masriera



"Tierra ibérica" (parte central), tríptico de Gustavo Maeztu



"Procesión en el Albacín", cuadro de José Pérez Ortiz

# PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



## FLORES DEL CAMPO

### EN LA PLAYA

El sol cae á chorros sobre el lomo verde de las olas. Es la hora elegante en que el mar, avaricioso, recibe en sus amplios brazos líquidos á nuestra Nereida insuperable. De la serena playa á alta mar nadan los gratos perfumes de «FLORES DEL CAMPO», cabalgando sobre las rugosidades de las aguas. Son aromas desprendidos de Ondinas modernas y fascinadoras; néctares del Olymbo actual; ambrosía de perpetua belleza, de eterna seducción.

Las creaciones de la PERFUMERÍA FLORALIA suavizan

la aspereza furiosa del Océano altivo. Claudina lo sabe, como lo saben las más codiciadas damas del alto mundo, como lo saben las más humildes obreras del mundo bajo. Nada teme al contacto del agua salobre, que irrita á veces la piel y la curte; el JABON «FLORES DEL CAMPO» y los POLVOS DE ARROZ le servirán de antídoto, preservándola de todo contratiempo que pusiera en peligro su codiciada belleza.

Envuelta en su blanca sábana, Claudina abandona el hasta entonces dulce mar, que ahora, en son de protesta, se irrita

y salta. Un fotógrafo indiscreto la aprisiona en su objetivo, mientras Claudina enseña dos hileras incomparables de dientes cortos y blancos, que el OXENTHOL mantiene y conserva, enalteciendo su risa. En su cesta tendrá ahora á mano las creaciones «FLORES DEL CAMPO» que el mar le robó, y es muy probable que, como precavida y chic, no le falte un pomelo del higiénico desodorante SUDORAL, defensor formidable y complemento sólido de la belleza.

DIBUJO DE PENAGOS